

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXIX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 26. — N° 737.

## SUMARIO.

Distribucion de medallas á las tropas que formaban parte del cuerpo del principe Amadeo; grabado. — Revista española. — El ventrilocu. — Bendicion de caballerias en Roma; grabado. — Las armas de Corea; grabados. — Exequias del cardenal Clemente de Villicourt en Roma; grabado. — Revista de Paris. — Poesias. — Exposicion universal de 1867; grabado. — Crichton. — Estocolmo; grabado. — Un debut en los Bufos Parisienses; grabados. — La Marquesa de Pinares. — Curiosidades del Paris antiguo; grabado.

## Distribucion de medallas

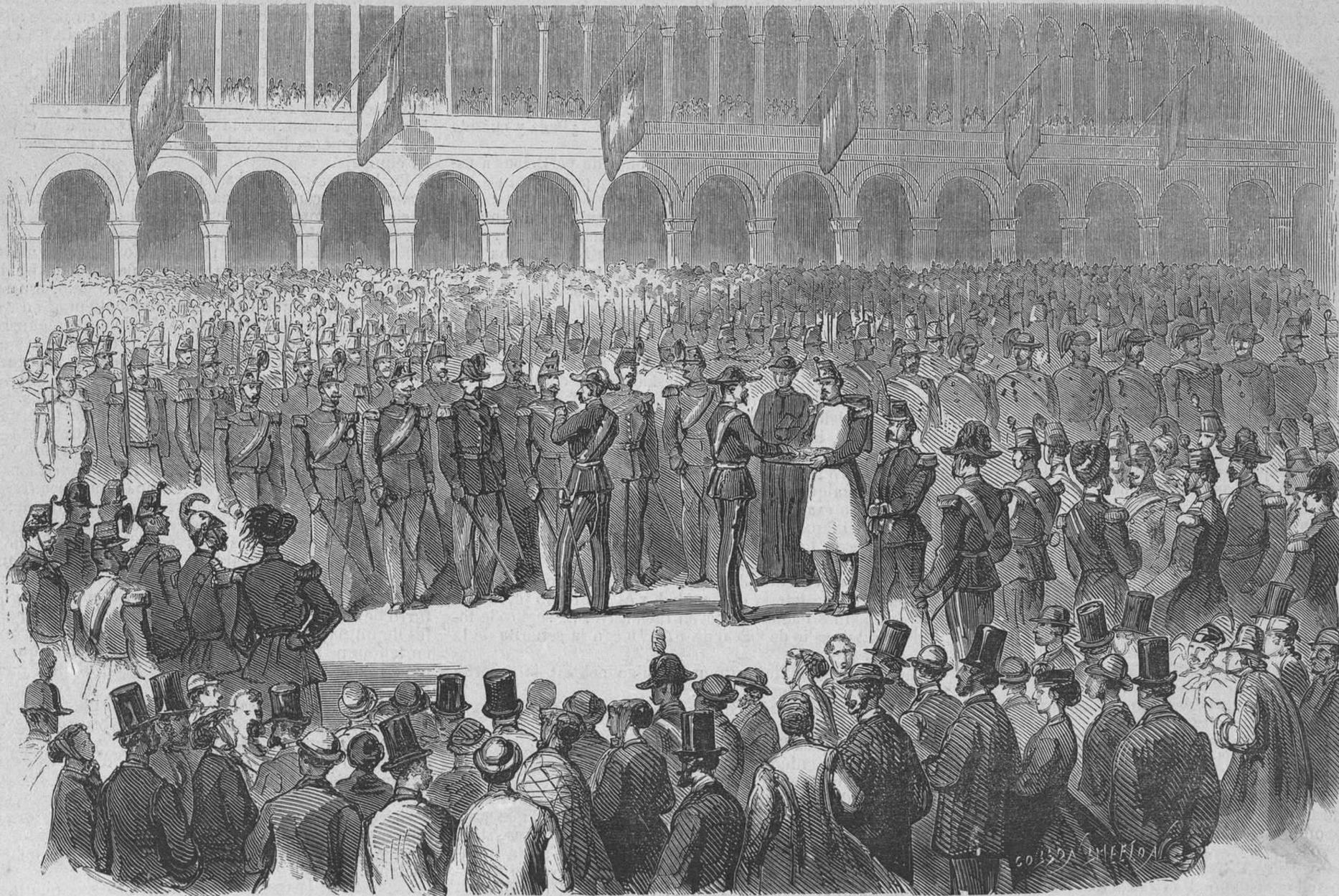
Á LAS TROPAS QUE FORMABAN PARTE DEL CUERPO DEL PRÍNCIPE AMADEO.

Destinamos la primera página de este número á la representacion de una escena política italiana. El patriotismo italiano mantiene siempre lo mismo en las

poblaciones que en el ejército un ardiente entusiasmo, y la prueba de esta verdad se ha visto en la ceremonia que ha tenido lugar en Venecia para la distribucion de medallas á las tropas que formaban parte del cuerpo del principe Amadeo.

Los venecianos no dejan escapar ninguna ocasion propicia para manifestar, por medio de demostraciones animadas, el patriotismo de que se sienten poseidos, así como la alegría que experimentan al verse formando parte de la Italia una.

A. M.



Distribucion de medallas á las tropas que formaban parte del cuerpo del principe Amadeo.

## Revista española.

Cómo se pasa el tiempo en Madrid. — Otro tipo. — El hombre de la dicha. — En el café de Madrid. — El dedo en la llaga. — Los bailes. — Los festines. — Las bodas. — Los entierros. — Los nombres bonitos. — Doce calendarios al año. — El reverso de la medalla. — La intimidad. — Recuerdos de doble efecto. — Las rifas. — Los años. — Los estrechos. — Una estatua elocuente. — Deducciones. — Los elementos. — Novedades teatrales. — *De Madrid á Sariñena*. — Historia literaria de 1866. — Dos poesías. — Uno que pide prestado.

Bailes, funciones teatrales en los palacios mas aristocráticos, en los coliseos de Madrid; hé aquí cómo pasamos el tiempo.

A mediados de enero hemos tenido mucha nieve.

La nieve es un adorno, una belleza mas, una gala de la naturaleza, cuando la vemos detrás de cristales y al amor de la lumbre.

Este pasó y quedaron los bailes, en donde las mujeres hermosas suelen guardar la nieve en su corazón para defenderse del fuego de sus adoradores.

Un baile aristocrático es lo mas fascinador que conozco. Por eso muchos sin poder los frecuentan. Pero los sacrificios que hacen para ello son tales, que bien merecen la pena de ser conocidos.

Créanlo Vds., existe en la sociedad moderna un tipo misterioso que es, por decirlo así, el resultado de la confusión de clases en que vivimos.

Suele llamarsele *el hombre de la dicha*, porque sin trabajar vive gozando, por lo menos en apariencia.

Hoy voy á retratarle.

La casualidad me ha permitido sorprender en un momento de expansión á uno de esos afortunados mortales, jóven de buen aspecto, que vive bien aunque son pocos los que saben cómo vive, que viste mejor y que frecuenta los salones de todas las clases de la sociedad que los tienen.

Un amigo suyo le acompañaba, y los tres nos sentamos en una mesa del salón que en el café de Madrid está consagrado á la agricultura.

— Hé aquí el hombre de la dicha, dijo el amigo.

— Yo lo creo... Un hombre que se levanta á las doce, que cuando hace sol se pasea y cuando llueve visita, que á primera hora está en una butaca del Real ó de Jovellanos, y que despues encuentra en un salón mujeres hermosas y discretas, hombres distinguidos, un té-pretexo para cenar música, baile, ó las dos cosas reunidas... Un hombre que vive de este modo tiene que ser dichoso por fuerza.

— Hasta que deja de serlo.

— ¿Y cuándo sucede eso?

— Varias veces al año.

— Hasta esa circunstancia aleja la monotonía.

— Sí, pero yo querría que no se alejase, porque acá para entre los tres, los días en que gozo no compensan ni con mucho los en que sufro... Precisamente han puesto Vds. el dedo en la llaga, me duele, no tengo mas remedio que quejarme y voy á desahogarme, á usar de ese derecho que se concede hasta á los ahorrados.

— Hé aquí un misterio, me dije yo.

— No soy rico, añadió mi hombre.

— Para no creerlo, es preciso creerle á Vd. bajo su palabra.

— Pues, lo repito, no lo soy; tengo 12,000 rs. que produce anualmente mi patrimonio; soy abogado, pero no ejerzo, porque en ciertos círculos es de mal tono trabajar, cuando no es por matar el tiempo; mi figura no es despreciable; he aprendido en la sociedad á ser sociable, tengo una afición loca á los salones, y yo no sé cómo lo he conseguido, pero ello es que conozco á lo mas distinguido de Madrid.

No hay baile para el que no reciba invitación; no hay boda en la que no cuente conmigo, ni ceremonia fúnebre ó alegre, en la que no figure yo.

— ¿Y se queja usted?

— No me quejo de que me inviten, al contrario, eso prueba que mi frac y mi corbata blanca desempeñan un buen papel, que mi conversacion es grata, que sé perfectamente bailar un rigodon, una virginia, y que cuando llega el caso, puedo cantar una romanza ó desempeñar un papel en una comedia casera.

— Todo eso es delicioso.

— ¡Oh! sí, es una medalla, pero con su correspondiente reverso.

Prescindamos del peluquero y de los guantes, que consumen la mitad de mi renta; estos son gastos ordinarios; los que asustan, los que martirizan son los extraordinarios.

Me invitan á los bailes veinte ó treinta salones; me hacen pasar al año si no mil y una noches encantadoras, por lo menos doscientas; esos veinte salones tienen veinte señoras, de las que hacen los honores de la casa con la mas exquisita amabilidad, y entre todas, lo menos treinta hijas ó sobrinas de estas señoras que tienen nombres deliciosos: Hortensias, Lauras, Isabelas, Amelias, nombres bellísimos, ¿no es verdad?

— Yo lo creo.

— Pues bien, á mí se me figuran horrorosos, y necesito todos los años una docena lo menos de almanagues.

— ¿Para qué?

— Para reemplazar los que rompo con mis nerviosas manos cuando me dicen:

«Mañana son los días de Hortensia, ó de Laura, ó de Amelia, y cuando menos es necesario que emplees cuatro duros en un modesto ramo de los que han enriquecido al valenciano de la calle de Sevilla.»

¡Oh! francamente, cuando para cumplir hojeo el calendario y veo en él los prosáicos nombres de Tomasa, Pascuala, Dorotea, me parecen sublimes... Aun no he encontrado en un salón á una Pascuala; es nombre que solo se concibe en torno de una camilla, jugando á la peregila y conservando las ganancias para ir en mayo al soto de Migas-Calientes á pasar un día de campo, con la consabida tortilla de escabeche... el queso de bola y el vulgar Valdepeñas.

Pues como iba diciendo, todos los años no hay quien me libre de comprar cuarenta ramos... que, á cuatro duros... Vamos, no quiero pensar en esto, porque si pienso mucho, voy á ver que me tiene mas cuenta cultivar mi jardín. Pero no es esto solo... ¿Cómo evita uno que tal ó cual familia pase de la simpatía á la intimidad?

— Usted es de los nuestros, me dice una señora, mañana comerá Vd. con nosotros: mi marido ha cazado una liebre, y hay que solemnizarla.

— Mi tío, exclama otra, ha llegado de la Habana, y ha traído unas piñas exquisitas: venga Vd. á probarlas.

Llega un día en que la familia que me ha admitido en su seno está ébria de alegría.

— Angelita, ó Luisita, se nos casa, dice una mamá.

— Que sea enhorabuena.

— Como la quieren tanto los amigos de la casa, la obsequian que es un gusto. El señor de A... le ha regalado un devocionario magnífico; la señora de B... una sortija preciosa; el señor de C... un *nécésaire* de lo mas elegante...

¿Qué hace un amigo íntimo en este caso? — Cerrar los ojos, entrar en la *Dalia Azul* por lo menos, y dejarse allí media onza para ofrecer á la novia un recuerdo de doble efecto: de alegría en la que lo recibe, de dolor en la que lo da, porque le cuesta un sacrificio.

Llega la primavera, esa época del año en que todo convida á gozar.

— ¡Qué hermoso estará el campo! dice una viuda cualquiera. Generalmente son las viudas las giras campestres.

— ¿Por qué no vamos á Carabanchel? exclaman varias pollitas.

— No, mejor es á la Alameda del duque de Osuna.

— ¡Excelente! ¿qué le parece á Vd.? me preguntan.

— ¡Excelentísima... tengo que responder.

— Pues nada, que los caballeros se encarguen...

— Usted, que es jóven, que tiene buen humor, y sobre todo ideas, me dicen.

— ¡Oh! gracias, pero yo no sabría organizar el *Shemo*.

— Que le aconseje á Vd. el marqués.

Total 500 reales por mi parte.

Supongamos ahora un suceso tristísimo: que fallece un amigo ó una amiga.

La esquila fúnebre no tarda en llegar á mis manos con aquel fatídico: «Se suplica el coche.» Un coche que se *suplica*, no puede, no debe ser de los que tienen número; hay que encargar uno: 50 reales, porque de esta manera se honra al que en vida... ¿Pues y cuándo se acerca la semana santa?

«La señora de A... tiene el honor de participar á usted que pedirá de tal hora á tal hora para los niños ex-pósitos, en la iglesia, etc.»

Esto dicen con ligeras variantes, veinte ó treinta, ó cincuenta tarjetas que llegan á mis manos. ¿Qué remedio hay? Ir á la iglesia, depositar en la bandeja una moneda de oro que brille bien y suene mejor.

Cuando llega este caso... francamente, no sé lo que haría con los desnaturalizados padres que son capaces de abandonar á las inocentes criaturas...

Por supuesto que estos son gastos previstos: los imprevistos son los mas lastimeros.

En capítulo figuran las cuestaciones á domicilio y en otras muchas partes; los billetes de rifas para este ú otro objeto piadoso, las funciones teatrales, los bailes de máscara, la rifa anual, la de las alhajas, y hasta la del obeso animalito que está donde debía haberse levantado el Teatro Nacional.

— Cualquiera que le oiga á usted...

— No exagero... Despues, y esto es lo mas reciente, llega el famoso día de san Silvestre, y con él, en algunas casas, los años con los motes nuevos para damas y galanes, y cinco días despues los estrechos.

Esto es cuestion de vida ó muerte, y si no le ha tocado á Vd. la lotería de Navidad, y es Vd. como yo, lo que las mamás llaman un jóven inofensivo, de seguro le toca á Vd. salir de año ó de estrecho con la señorita de la casa.

La señorita tiene un novio algo celoso; la señorita quiere darle gusto y dice:

— Tú debes salir con mamá para que puedas gran-gearte su afecto regalándole algo.

— Es verdad... pero tú...

— ¿Con quién quieres que salga?

— Con Fulano, que es un buen muchacho.

Y Fulano sale con la señorita, y como visita la casa, ¿qué ha de hacer mas que añadir una cantidad mas para una modesta caja de dulces que cuesta una onza, si ha de ser regular?... ¿Y la moda francesa que se va introduciendo, de los *étrennes* el día de Año nuevo? Si se pudiera en cambio del obsequio imprimir el cariñoso ósculo parisiense, al desear *une bonne année*, pase; pero no, señor... somos demasiado meridionales.

Resultado... que mis 12,000 reales anuales no llegan, estirándolos, mucho mas que hasta abril ó mayo; que durante el verano tengo que economizar en los baños... de calor que me proporciona la modesta habitacion que ocupo en la casa de huéspedes en que habito, y que al comenzar el otoño, tengo que visitar á los usureros.

El gusano del tanto por ciento ha entrado ya en mis bienes, y estoy á punto de quedarme sin un terron de tierra, y sin un amigo; porque aunque tengo buenas relaciones, aunque aspire á un empleo de escribiente para ganar lo necesario á mi manutencion, ¿cómo los que me dan la mano en los salones tolerarán que sea escribiente un amigo suyo?

Si á esto llaman Vds. ser el hombre de la dicha, hay que modificar el diccionario de la lengua.

Así terminó su confesion general mi héroe, y yo fijé mis distraídos ojos en la estatua que teníamos cerca.

Parecía sonreirse y decir como ducha en cuestiones de agricultura:

— «¡Quien siembra recoge!»

¿Es culpa de la sociedad que haya en su seno individuos como el que acaba de retratarse? Yo creo que no.

Los bailes, los festines, las bodas, las rifas, las cuestaciones, las giras campestres, los años, los estrechos, todo esto contribuye al movimiento mercantil é industrial, fomenta el trato, hace agradable la existencia; pero ¿cómo puede vivir el pájaro en el agua, el pez en el aire?

Uno y otro se ahogan porque abandonan su elemento. Pero trasladémonos al teatro.

Poco ó nada nuevo: despues de las Pascuas suele haber abstinencia.

Lo único de que puedo hablar á Vds., es de una comedia que se titula *De Paris á Sariñena*, cuyo argumento y tendencias verán Vds. en las siguientes líneas:

En Sariñena vive un señor don Luis, con su hija Pilar y su mayordomo, tipo perfecto del franco, honrado y poco culto baturro aragonés. Tiene un hermano militar retirado, que vive con su esposa en Madrid. Los dos esposos acaban de ganar con la lotería un par de millones; y Socorro, que así se llama la cuñada de don Luis, es muy aficionada á las modas parisienses, tiene *femme de chambre*, *clown*, *jockey*, se hace la *toilette*, recibe en su *boudoir*, va á la *négligé*, dice *merci*, y ¿para qué cansarme? El resto lo saben Vds. tan bien como yo.

Don Luis, que quiere mucho á su hija, que es un hombre de bien, franco y, como dice su criado, del *comité pogresista*, á pesar de sus años, de su experiencia, de su buen criterio, aspira á vivir en compañía de su cuñada y doña Socorro, para lo cual les disuade del viaje que habían pensado emprender á Paris.

Pilar está en relacion amorosas con un primo suyo, teniente de caballería, que despues de tener una escena amorosa con su novia, se marcha á buscar potros, y no vuelve á presentarse en escena hasta el momento oportuno y decisivo.

Hay un baron que se llama, si no recuerdo mal, el baron de Montecristo, pero no se parece en nada al héroe de la novela de Dumas. El infeliz está sin un cuarto, é inspirado por el deseo de que don Luis le pague sus deudas, se atreve á pedirle la mano de su hija.

El honrado habitante de Sariñena le echa á cajas destempladas, dice á su hija que aprueba sus amores con Enrique, y se marcha á la estacion á recibir á su cuñada y á su hermano, los cuales no tardan en llegar con todo su equipaje.

En los detalles hay bastante gracia, y sobre todo el mundo que sacan á la escena, y que sirve al baturro para decir á su compañero que se eche el mundo á la espalda, es de mucho efecto.

En el segundo acto aparece, transformado de mayordomo, el asistente del marido de doña Socorro, y el baturro de *suizo*, con lo cual, dicho sea de paso, muestra el autor que aunque ha estado mucho tiempo en Aragon, no ha llegado á conocer á fondo los aragoneses, porque no creo que entre todos los que existen, haya uno solo que sea capaz de vestirse de mamarracho por mas que se lo exija su amo, y por menos testarudo que sea.

El mayordomo se duerme en un rincón y ronca.

El baturro cuenta que habiendo ido á la taberna á echar un trago, se han reído de él los circunstantes, y ha andado á pescózones con ellos.

Despues de esto, doña Socorro da una leccion de francés á su sobrina; se presenta una doméstica traspirenaica, y entre las dos no logran hacerse entender.

Llegan don Luis y el marido de doña Socorro, y procura estar de ella lo mas lejos posible; la dueña de la casa quiere darles té para almorzar, y ellos piden magras; no contenta todavía con los elementos parisienses que ha reunido en Zaragoza, ha disfrazado á otro baturro de negro, y muy bien puesta, con todos los perfiles de un figurin, se marcha con su sobrina á Torrero, en tanto que su amada y el padre del teniente, que ha ido en busca de potros, se ponen á jugar al mus, y acaba el segundo acto.

En el tercero no pasa mucho más. Lo único que sucede es que doña Socorro quiere casar á su sobrina con el baron de Montecristo, que el padre de Enrique pide á su primo Luis la mano de su hija, que la niña averigua que están tratando de su casamiento, que llega el novio, se arrodilla á sus piés, sorprende sus amores la parisiense, se irrita, pinta á la niña el porvenir que le espera, asegurándole que con el tiempo llegará á ser *cuca*, y aprehugando la muchacha, á pesar de todo se adelanta al público y le dice:

— Señores: la mo aleja de esta comedia es que todos los pueblos deben tener su idioma patrio. Con cuyo motivo cae el telón.

Como hace mucho tiempo que nada hablo de libros, voy á hacer el resumen de la historia literaria del año 1866.

Poco ha sido lo bueno, no mucho lo nuevo, pero tal vez agrade á los aficionados ver aquí reunido lo que en un año ha producido la literatura española.

Le *Biblioteca de autores españoles*, continúa viviendo lentamente, gracias á los heroicos esfuerzos de su editor.

Una obra de alguna importancia ha empezado á publicarse, la *Crónica de España*, de gran utilidad, con gran copia de datos acerca de la historia y de los elementos de todas nuestras provincias. Sin embargo, dejan algunas de las crónicas que se han publicado mucho que desear, porque para escribir como es debido la historia de una provincia, es necesario, si se ha de hacer un trabajo digno de nuestra época, digno de los modelos de historia que recientemente nos han dado Thiers, Cantú, Blanc y otros escritores modernos, pensar sobre lo que se conoce á fondo, escribir sobre lo que se ha pensado, sentir lo que se escribe, y esto no todos lo hacen ni pueden hacerlo.

Algunas obras notables de medicina ha dado á luz el señor Bailly-Bailliere. En su mayor parte son traducciones, pero no por eso dejan de llenar un vacío en la bibliografía de nuestro país.

Lo mismo estos libros que los de jurisprudencia, que los que tienen una aplicación inmediata á las ciencias, á las artes, viven bien en sus respectivos círculos. No ha habido, sin embargo, que yo recuerde, ninguna obra científica con condiciones para excitar la atención general; no ha habido ningún nuevo diario que nos dé á conocer las obras científicas ó especiales, ni que cite los títulos de las que han visto la luz. Voy, pues, á recordar los de las producciones amenas, bien pocas por cierto, que han salido á luz en el año anterior.

La novela española, que al agotarse las traducciones de las novelas francesas ha tomado gran desarrollo, constituye por esta circunstancia el trabajo mas importante de la literatura.

Cinco ó seis editores de Madrid, otros tantos de Barcelona, y uno ó dos de Cádiz, se encargan de llevar durante todo el año al seno de las familias esa lectura entretenida que tantos partidarios tiene en el mundo. Mentira parece el número de suscriptores que llegan á tener algunas de las novelas que se publican. Lástima es que no siempre correspondan las obras á la confianza que les dispensa el público. La mayor parte de los lectores de las entregas pertenecen á las clases menos acomodadas de la sociedad, y es tanta la afición que se ha desarrollado en ellas, que hay persona que no sabiendo leer, se suscribe para que cualquiera de sus amigos, mas afortunados, deleite su oído con la lectura. Esta clase de público se va educando, y al fin y al cabo llegará un día en que á la entrega sustituya el libro, y en el que no solo llame la atención el título de las obras, sino las obras mismas.

En esta forma se han publicado con buen éxito la *Esposa mártir*, la *Envidia*, los *Hijos de la fe* y la *Perdición de la mujer*, del señor Escrich; los *Desheredados*, los *Hijos perdidos*, la *Esclava de su deber*, la *Buena madre*, *Diego Corriente*, el *Marqués de Siete Iglesias* y el *Collar del Diablo*, de Fernandez y Gonzalez; los *Pecados Capitales*, de Orellana; el *Hijo pródigo* y *Lobos y Ovejas*, del señor Ortega y Frias; la *Plegaria de una madre* y las *Aves nocturnas*, del señor Puerta y Vizcaino; *Margarita de Borgoña*, de Luna; el *Abismo y el Valle*, de Parreño, y otras varias que no recuerdo ahora.

Además se han publicado en tomos dos novelas, premiadas por la Academia. Una del señor don Fernando Fulgoso, titulada *Alfonso*, y otra de doña Angela Grassi, el *Bálsamo de las penas*.

La fecunda y elegante escritora doña María del Pilar Sinués de Marco ha dado á luz tambien algunos tomos de la biblioteca que publica con tanto éxito, y además ha publicado en Barcelona un interesante libro titulado *las Veladas de invierno*.

La señora doña Faustina Saez de Melgar ha reproducido en un tomo su interesante novela *Aniana*, que apareció primero en el *Correo de la Moda*.

Antonio Arnao publicó una bellísima novela en verso con el título de *el Caudillo de los Ciento*; las novelas de Alarcon, en dos tomos; *En serio y en broma*, notable libro del señor Alonso Egulaz; los *Curas en camisa*, de Blasco; el precioso *Libro de Memorias*, de Selgas; los *Conciertos del Conservatorio*, de Castro y Serrano; la *Mujer, el amor y el matrimonio*, de Manuel del Palacio; el *Libro del pueblo*, de Henao Muñoz; las *Tradiciones vascas*, de Araquistain; los *Limonos agrios*, de Aguilera; *Gil Perez de Marchamalo*, de Muntadas; los *Cantares*, de Palau; las *Poesías*, de Serrano Alcázar; el *Cancionero del esclavo*, la *Flor de epigramas y de letrillas*, las *Escenas de la vida*, *Viajeros y bañistas* y el *Universo en el bolsillo*, publicados por la Biblioteca nacional, que ha dado á luz una sociedad de autores, y las *Inspiraciones*, de Aguilera.

Estas y algunas otras, que involuntariamente omito, son las principales obras de amena literatura que han visto la luz el año pasado. En casi todas ellas hay interés, belleza, imaginación, estilo; pero han vivido lo que las flores, y los ejemplares mas afortunados de estos libros se conservan como aquellas, cuando se convierten en recuerdos queridos.

Muchas obras se han traducido del francés, y entre estas figura en primer término los *Trabajadores del mar*, de Victor Hugo, que no ha producido en España el efecto que en los demás países de Europa.

Tambien debo mencionar el primer tomo del *Teatro griego*, que el señor Mier, con una laboriosidad, con

una inteligencia, con un acierto dignos de aplauso, ha ofrecido á las personas estudiosas, y la traducción de algunos de los mas notables autores latinos, que con mucho éxito ha empezado á publicar la empresa del *Diario de Barcelona*.

Infinitos son los almanaques que se han publicado para este año. El del *Museo ilustrado*, el de *Gil Blas*, el de *el Cascabel*, el de *las Hijas de Eva*, el de *el Violon*, el de *la Cria caballar*, el de *Efemérides*, el de *Estadística*, el de *la Puerta del Sol*, el de *el Jardinero*, el *Indispensable*, el *Piadoso*, en fin, no acabaria si fuese á enumerarlos todos. Lo mas notable es que se venden algunos de ellos de una manera fabulosa.

Voy á terminar mi revista con una bellísima composición de Serrano Alcázar, titulada la *Rubia y la Morena*. Dice así:

Yo he dicho que una rubia me enamora,  
Mas callé, que me encanta una morena,  
Que si mundos de amor una atesora,  
Con ardiente mirar la otra envenena.

Las hijas del placer y la dulzura,  
Del sol en el zenit y de la tarde,  
Una del aura que al morir murmura,  
Otra del fuego que en las cumbres arde.

Rubio tiene el cabello,  
Rubia la espalda,  
Blanco pié inverosímil  
Bajo su falda;  
Y en claros tules  
Como estrellas dormidas  
Ojos azules.

Dulces ecos lejanos  
Solo desea,  
Como junco del valle  
Se balancea;  
Y cuando exhala  
Un suspiro, las aves  
Mueven el ala.

Rubia tiene la frente  
La blanca aurora,  
Rubia baja la tarde  
Que gime y llora;  
Mas no se engría  
Que les vence en lo rubio  
La rubia mia.

Mas ved de mi morena  
El rayo abrasador,  
El goce y la locura  
De su mirada en pos,  
Las huellas que el insomnio  
Sobre su faz marcó,  
Su espíritu intranquilo,  
Volcánico su amor;  
Sus lágrimas cual lava  
Que hirvió en el corazón;  
Tras de su faz que quema,  
Tras de su inquieto ardor  
No busqueis otro mundo  
Que el eco de su voz,  
Tras de su voz divina,  
En sonrisa de amor,  
Tras ella su mirada,  
¡Tras su mirada Dios!

Tal es el ideal de mis locuras  
Tal la rubia y morena que yo adoro,  
Que una es tesoro de ilusiones puras,  
Y otra de ardiente amor rico tesoro.

Por eso al preguntarme sobre amores,  
Qué color mis afanes encadena;  
Siempre contesto sin fijar colores,  
Que me gusta la rubia y la morena.

Esta bellísima composición, en la que la poesía termina con maliciosa prosa, está ahora muy de moda.

Manuel del Palacio ha escrito varios sonetos por el estilo y uno de ellos, magnífico, voy á copiarlo á continuación para solaz de mis lectores.

Hélo aquí:

Pasó ya la estación de los amores  
Y la edad de los sueños placentera;  
Pasó la deliciosa primavera  
Y con ella los frutos y las flores.

Pasarán de la suerte los favores  
Y de la vida la gentil quimera,  
Como pasan cruzando por la esfera  
Relámpagos de fuego brilladores.

Tambien pasaron los instantes puros  
En que el alma á sus dichas no halló traza,  
ni halló para su afán diques ni muros.

¡Todo al cabo pasó! Solo no pasa  
Una moneda falsa de dos duros  
Que tengo hace tres meses en mi casa.

Una anécdota y concluyo:  
— Caballero, voy á atreverme á pedir á Vd. un favor...  
Bástese que sea Vd. amigo de un amigo mio.  
— Usted dirá.  
— Présteme Vd. media onza.  
— Pero, caballero, si no le conozco á usted...  
— Pues por eso se la pido... Si me conociera Vd. no me habria atrevido.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de enero de 1867.

## El ventrilocuo.

ANÉCDOTA.

La aldea de Hopfield es por excelencia la mansión de los chismes y de la murmuración; cada boca es una trompeta, y cada habitante un eco; si por la mañana decis un secreto al oído en un extremo de la parroquia, ya podeis estar seguro de que por la tarde lo oireis repetir en todas partes; el vicio de hablar llega á tal extremo, que hasta la amistad es indiscreta, pareciéndose los amigos á los vasos hendidos.

Si queréis conseguir alguna atención de un vecino, na vayais tampoco á vivir en Hopfield, porque allí nadie pierde un momento en provecho ajeno; pero si por casualidad algun coche ó algun caballo atraviesa la plaza, ó si alguno grita que vende escobas, al instante todos abandonan su trabajo y salen á las puertas, porque en Hopfield los habitantes son tan curiosos como murmuradores, y solo son económicos de su tiempo cuando se trata de servir á otro.

En una calurosa tarde de otoño, Petra Mullier, que remendaba unas medias en la entrada de su choza, las tiró á un lado y se adelantó hasta el medio de la calle para ver á dónde corria con tanta precipitación su vecino José Willis, y descubrió gran número de hombres, mujeres y niños que venian del otro extremo de la aldea y rodeaban á un oso negro que caminaba lentamente guiado por un titiritero. Vestía este una gran levita blanca en la cual hubiera podido embozarse, y un chaleco muy corto que se habia divorciado con su pantalón y daba paso á una camisa vieja hecha girones; llevaba tambien botas de campanas sin suelas y un sombrero blanco sin ribete. Un muchacho vestido de blanco y de cara hambrienta marchaba delante soplando en un pito y tocando un tambor con tanto arrebató que solo de oírle los piés marcaban el compás.

Cuando el titiritero llegó delante del *Leon Encarnado*, única posada de la aldea, se paró, hizo formar la gente en círculo, y mandó al oso que se pusiese en dos piés, y luego blandiendo el palo sobre la cabeza del animal, empezó á bailar con él haciendo pasos y ademanes que el oso remendaba de un modo muy pintoresco. Ya puede el lector imaginarse que los habitantes de Hopfield reboaban de alegría y que no se oían mas que carcajadas.

Un ventrilocuo chusco, que se hallaba entonces en la posada, miraba por la ventana aquel espectáculo burlesco, y aunque habia llegado aquella mañana, ya habia podido conocer cuán crédulos é ignorantes eran los habitantes de Hopfield; y en su consecuencia, le ocurrió valerse de su habilidad para divertirse á costa suya.

Llegóse á los circunstancias, y aprovechando el momento en que el pito y el tambor habian hecho una pausa, se acercó al titiritero y le dijo gravemente:

— ¿Supongo que ese oso habla?

Miróle maliciosamente el charlatan, se encogió de hombros, y respondió ágramente:

— A fe mia, pregúnteselo Vd. y lo sabrá.

Esto era lo que el ventrilocuo deseaba: dió pues un paso hácia el oso, se metió las manos en los bolsillos, como un hombre que se dispone á hacer el gracioso, y le dijo en voz burlona:

— Bailas como un bailarín de la Opera y te doy la enhorabuena. ¿De qué país eres, caballero?

Una voz que parecia salir de la boca del oso respondió:

— Soy de los Alpes en Suiza.

No trataremos de describir el pismo que se apoderó de los circunstantes; todos quedaron atónitos y espantados; pero el asombro del titiritero valia la pena de copiarse, en medio de todos aquellos semblantes consternados. Abrió sus ojos atontados y su ancha boca sin dientes, y quedó inmóvil como si sus piés hubiesen echado raíces.

Volvióse á él el ventrilocuo y le dijo:

— Por cierto que vuestro oso habla muy bien inglés, y apenas se le conoce el acento helvético.

Y dirigiéndose otra vez al oso, le dijo con interés:

— Me parece que estás muy triste.

— Las nieblas de Inglaterra me dan el esplin, replicó el animal.

Y la gente empezó á dar algunos pasos atrás.

El ventrilocuo prosiguió:

— ¿Hace mucho que perteneces á tu amo?  
 — Bastante para que esté ya fastidiado.  
 — ¡Qué! ¿No se porta bien contigo?  
 — Sí, lo mismo que un herrero con el yunque.  
 — ¿Y qué intentas hacer para vengarte?  
 — Uno de estos dias me lo comeré por via de almuerzo como si fuese un rábano.

A estas palabras, los circunstantes espantados dejaron un grande espacio entre ellos y el oso. El titiritero trastornado quiso tirar la cadena del animal, pero este dió un gruñido, y el ventrilocuó, sin aguardar mas, se caló el sombrero, volvió la espalda y echó á correr hácia la posada, imitándole toda la gente, que se dispersó corriendo en todas direcciones como si tuviese el oso á su alcance.

Luego que el ventrilocuó llegó á la posada, se puso á contemplar á los fugitivos que desaparecian por las diferentes calles de la aldea, mientras que el oso, causa de todo aquel desórden, estaba tranquilamente sentado, echando una mirada indiferente y filosófica sobre todo cuanto pasaba en derredor. Aquella misma noche, hallándose el ventrilocuó á la puerta de la posada, donde se habian reunido muchos habitantes, oyó hablar del lance con muchas amplificaciones y comentarios, y queriendo poner fin á la broma, explicó riéndose cómo habia pasado el caso. Al pronto le escucharon con curiosidad; pero luego que hubo acabado, los viejos menearon la cabeza con aire incrédulo.

— Eso pueden creerlo los chiquillos, murmuró la abuela Griffy, pero no la gente de experiencia. No es esta la primera vez que hablan los animales, como puede verse en la Biblia al tratar de la burra de Balaan. Por lo demás, el calendario habia anunciado este acontecimiento, pronosticando que á mediados de agosto, tres dias antes ó tres dias despues del presente, sucederia en el mundo algun portento.

Insistió el ventrilocuó y quiso dar una prueba de lo que decia; pero los habitantes desconfiados se marcharon, persuadidos de que se les queria engañar.

Entonces, el posadero, que lo habia observado todo con maliciosa mirada y picaresca sonrisa, se acercó al burlador chasqueado y le dijo:

— Milor, no debeis extrañar lo que ocurre; la plebe hace siempre mas caso de los cuentos que de las verdades. Vos habeis querido chancareros con unos rústicos, y estos han tomado la broma á lo serio; todo cuanto se dijese no podria persuadir ahora á los habitantes de Hopfield de que el oso no ha hablado. Si milor me permitiese una reflexion, yo le diria que esto prueba una cosa, y es, que no está muchas veces en la mano del que ha hecho cundir en el público una opinion absurda ó perjudicial el rectificarla, aun cuando manifieste la verdad.

M. DE F.

**Bendicion de caballerías en Roma**

Damos una lámina que representa la bendicion de caballos, asnos y mulas delante de la iglesia de San Antonio Abad en Roma.

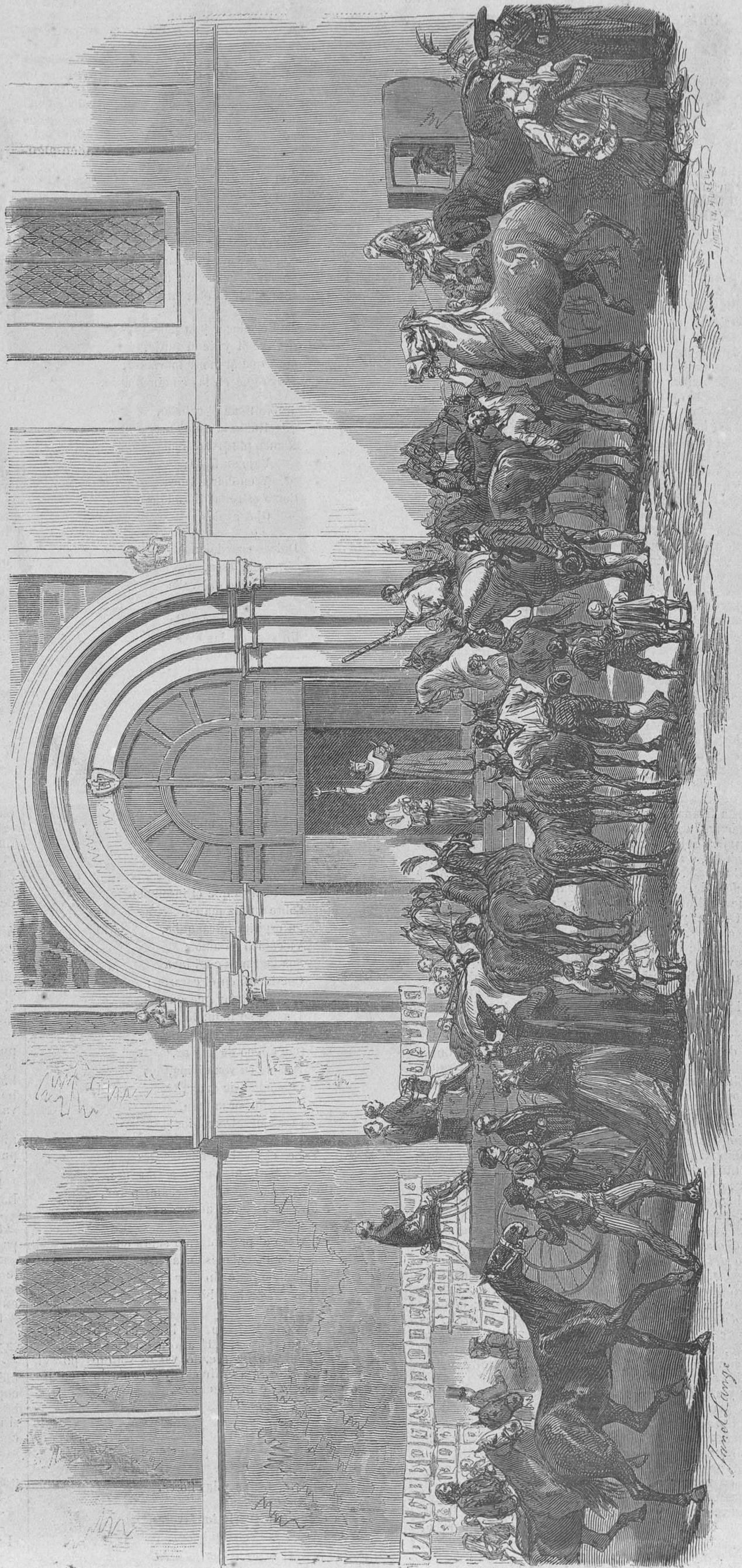
El pueblo romano acude en crecido número con sus caballerías á recibir el agua bendita de la iglesia de San Antonio.

La ceremonia se efectúa del 17 al 23 de enero. No hay necesidad de comentarios para que se comprenda esta ceremonia. La iglesia se ha mostrado siempre deseosa de acordar su bendicion al trabajo del hombre y á sus instrumentos. De este modo, en todos los paises las fiestas de las Rogativas nos muestran en los campos largas y numerosas procesiones que esparcen sobre los bienes de la tierra las plegarias y bendiciones de la Iglesia.

G.

**Las armas de Corea.**

Parece ser que no se ha encontrado en la Corea nada bien original en punto á armas: las cotas de malla, los cascos, los arcos y las flechas, recuerdan lo que se ha visto en la China y el Japon. Sin embargo, entre las piezas de artillería que habia sobre los muros de Kang-Hoa, se ha hallado una que merece ser mencionada. Es un cañon que se carga por la culata, como los que se ven en todas partes en Europa actualmente. Lo mas notable es que se fundió hace ya un siglo. El tal cañon forma un contraste muy singular con los mosquetes de rueda y los fusiles de mecha.



ROMA. — Bendicion de caballos, asnos y mulas delante de la iglesia de San Antonio Abad, del 17 al 23 de enero.



JULES DUVAUX

LA COREA. — Trajes y armas de guerra.

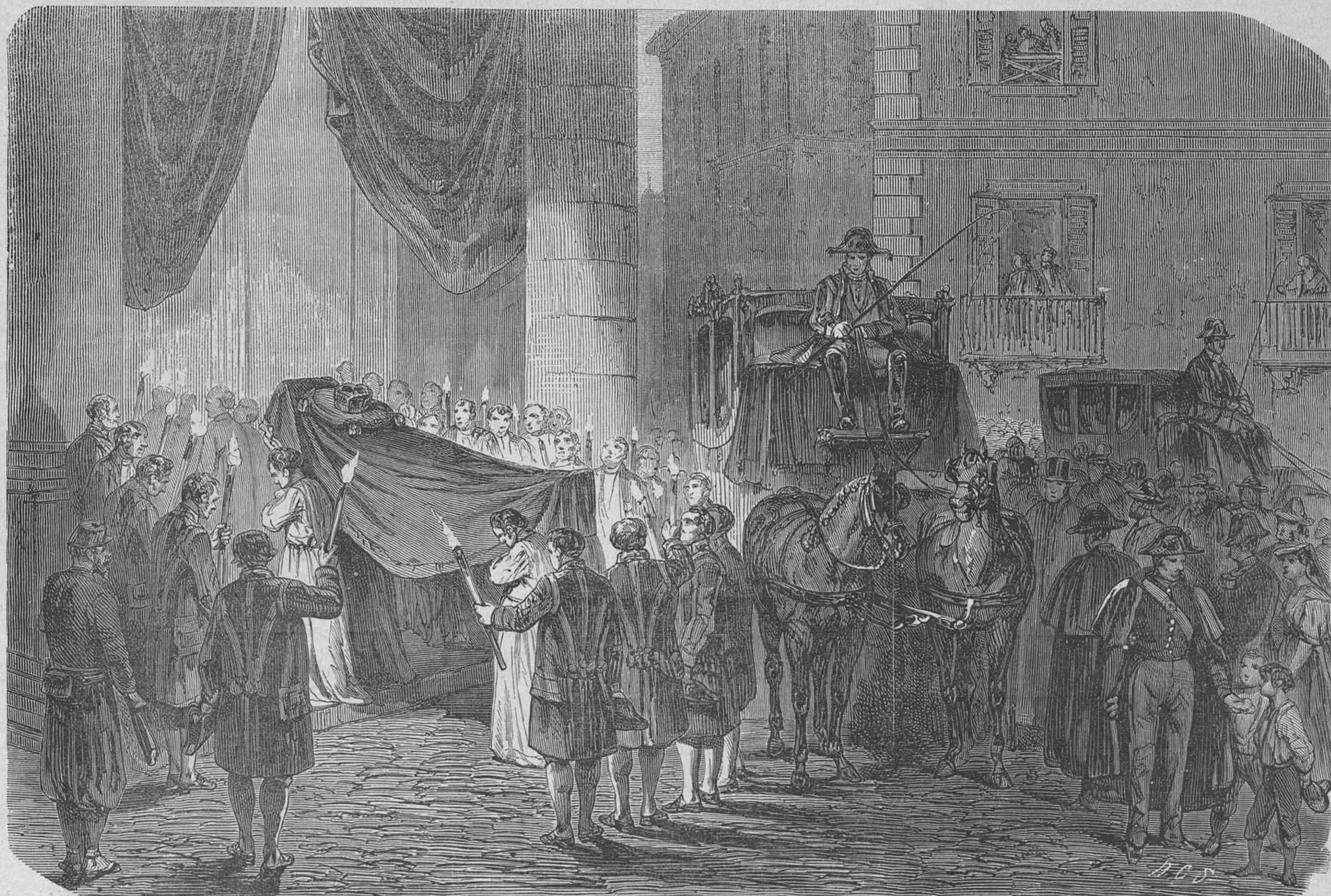
1. Casco y vestido de guerra. — 2. Cañon de bronce. — 3. Esmeril que se carga por la culata. — 4. Carcax con el arco. — 5. Carcax con las flechas. — 6. Maza de armas. — 7. Sable del ejército. — 8. Azagaya. — 9. Fusil de mecha del ejército.

Es probable que en tiempos de los antiguos reyes, los misioneros católicos estuvieron á veces protegidos por los príncipes de aquel pais, y que tuvieron allí

la misma influencia que en la China y en el Japon. El secreto de la benevolencia que les acordaban residia en las industrias que ellos introducian en el pais.

De otra manera ¿cómo podriamos explicarnos los extraños fenómenos que tenemos á la vista?

G. B.



Exequias del cardenal Clemente de Villecourt, en Roma.

## Exequias

DEL CARDENAL CLEMENTE DE VILLECOURT EN ROMA.

El cardenal Clemente de Villecourt falleció en Roma en la mañana del jueves 17 de enero de 1867, al cabo de una larga y dolorosa enfermedad que soportó con un valor verdaderamente cristiano, y sus funerales tuvieron efecto el 20 á las siete de la noche en la iglesia de San Salvatore in Lauro. En la mañana siguiente fué el papa con mucha pompa, rodeado de sus cardenales y de su personal ordinario, para asistir, en la misma iglesia, á la misa y cantar el *Requiem*. Despues del *Requiem*, el Padre Santo dió la absolucion al difunto, y llegado el otro dia, se trasladó el cadáver á la iglesia de San Pancracio, extramuros, donde fué sepultado.

El cardenal Clemente de Villecourt habia nacido en Lyon el 9 de octubre de 1787. Gregorio XVI, en el consistorio del 1.º de febrero de 1836, le creó obispo de la Rochela; y despues fué llamado á Roma, donde le nombraron cardenal de la Iglesia romana en el consistorio del 17 de diciembre de 1855. Al mismo tiempo vino á ser titular de San Pancracio, extramuros, que es donde reposa.

Despues de la muerte de cada cardenal, naturalmente el público romano se ocupa de los prelados que pueden reemplazarle. Parece ser, por lo que escribe nuestro corresponsal, autor del dibujo, que se hace en el dia una observacion que merece ser conocida. Dicese que el alto clero extranjero ha manifestado repetidas veces el deseo de que en lo sucesivo las promociones de cardenales se arreglen de manera que cada Estado católico se halle representado en el Sacro Colegio proporcionalmente á su poblacion. En el dia, de 60 cardenales, se cuentan unos 40 italianos, por 8 franceses, 4 españoles, 5 alemanes ó eslavos, uno belga y otro portugués. El consejo del catolicismo se compone pues, en sus dos tercios, de italianos. Como hemos dicho, al fallecimiento de cada cardenal, esta cuestion se trata con empeño, y cada vez ofrece un carácter mas acentuado. Se quiere una reforma que haga del Sacro Colegio una representacion mas fiel del mundo católico. Z.

## Revista de Paris.

El último domingo ha sido un gran dia para la poblacion parisiense. Era un dia de sol, de una temperatura primaveral, y por lo tanto todos los paseos públicos, y principalmente los Campos Eliseos y el bosque de Boulogne, se hallaban invadidos por la muchedumbre. Verdad es que la estacion va adelantando, y que por consiguiente, no nos ha favorecido la naturaleza con una cosa extraordinaria; pero de todos modos, estos dias de sol y de alegría se celebran en Paris, como dice Victor Hugo, lo mismo que si fuesen grandes fiestas. Ya se anuncian las primeras carreras de caballos de 1867, otro indicio de que nos acercamos al buen tiempo.

Entre tanto no hay para qué decir que se hallan actualmente en toda su fuerza las diversiones propias de la temporada. Menudean los grandes bailes que es un portento. Magnífica ocasion para los que andan en busca de un buen dote. Pero ¿estamos en la verdad atribuyendo exclusivamente al sexo feo esta inclinacion á hacer fortuna mediante el matrimonio? Dejemos la respuesta á un casamentero célebre de Paris, que con este poético título, *el Sueño de una niña*, publica en los diarios esta obra maestra del charlatanismo del siglo XIX.

Una abuelita vive con su nieta, de la cual es el único amparo, y para la que busca naturalmente un buen partido. Dias pasados, la anciana y la niña hablaban entre sí y trataban de la gran cuestion del casamiento. La abuelita, despues de haber citado todos los aspirantes á la mano de la jóven, añadió:

— A decir verdad, yo no conozco bien á ninguno de ellos. Si algo sé, es por sus cartas ó por lo que me han dicho.

— Pues en ese caso, respondió la niña, ya que no conocemos á ninguno, decidámonos por el mas rico.

— ¿Ese es tu parecer?

— Y mi deseo.

Parécenos que esta niña es de su siglo. Dicese que antiguamente las niñas no soñaban sino con un jóven hermoso, intrépido, noble y cortés; y hoy sueñan únicamente con cualquiera, con tal de que sea rico.

Un marido no es ya un amigo, ni un protector, sino un cajero. ¡Progresos de la época!

Pues bien, añade el anunciante, que no es menos de su siglo que las niñas á quienes se refiere: daremos un consejo á esta jóven enamorada de los millones, y es que se dirija á M... (aquí su nombre y las señas de su casa, que están muy bien en su anuncio y que no lo estarían tanto en nuestra crónica), pues si es bonita y de una educacion esmerada, seguramente podrá ofrecer á su ambicion algun pretendiente á medida de su deseo. Es de creer que no se echará este bonito anuncio en saco roto.

Veamos ahora cuáles son los sucesos interesantes de la última semana.

Hé aquí un hombre que ha escrito la historia de su vida

en trece capítulos, y que, despues de encerrar este curioso documento en una caja de hojalata herméticamente cerrada, se arrojó con ella al Sena, de donde le han sacado unos marineros, cuando era ya cadáver.

El principio del manuscrito es el siguiente:

«Me llamo X..., he vivido bastante, y me doy muerte: mi vida está resumida en estos trece capítulos:

Capítulo primero. Mi nacimiento. — El 30 de enero de 1799 salí de las tinieblas á la luz del dia. Me midieron, me pesaron y me bautizaron. Nací sin saber por qué, y mis padres, sin saber por qué, dieron gracias al cielo.

Cap. II. Mi educacion. — Enseñaronme toda clase de cosas y una porcion de lenguas. A fuerza de ser impudente y charlatan, pasé algunas veces por sabio. Mi cabeza ha venido á ser una biblioteca desordenada, cuya llave he guardado.

Cap. III. Mis penas. — Me han dado tormento los maestros, los sastres, las mujeres, la ambicion, el amor, las decepciones y los recuerdos.

Cap. IV. Privaciones. — Me he visto privado de tres grandes goces de la especie humana, á saber: el robo, la gula y el orgullo.

Cap. V. Epocas memorables. — A treinta años renuncié al baile; á cuarenta, renuncié á agradar al bello sexo; á cincuenta, renuncié á la opinion pública; á sesenta, renuncié á pensar, y de este modo he venido á ser un verdadero sabio, esto es, un egoísta, lo que es sinónimo.

Cap. VI. Retrato moral. — Fuí testarudo como una mula, caprichoso como una coqueta, perezoso como Luis B..., y he bebido agenjo como G. de N.

Cap. VII. Defectos. — No habiendo podido jamás hacerme dueño de mí mismo, di rienda suelta á mi lengua, y contraí la mala costumbre de pensar en voz alta, lo cual me procuró algunos goces y muchísimos enemigos.

Cap. VIII. Lo que fui y lo que habria podido ser. — He sido muy sensible á la amistad, á la confianza, y si hubiese nacido en la edad de oro, habria sido quizás un hombre bueno bajo todos conceptos. En suma, me han engañado de medio á medio mis mejores amigos.

Cap. IX. Principios respetables. — Nunca he intervenido en ningun casamiento, ni me he mezclado en murmuraciones. Jamás he recomendado cocineros ni médicos, y por consiguiente, no he atentado jamás contra la vida de nadie.

Cap. X. Mis gustos. — En los colores, era el azul; en la comida, los guisados; en las bebidas, todas, pero principalmente la cerveza y el agenjo; en hombres y en mujeres, las fisonomías francas y expresivas. En cuanto á diversiones, la comedia y el sainete. Me han gustado las reuniones íntimas; la pesca con caña, y he tenido una veneracion involuntaria por el sol: cada vez que se ocultaba, yo me ponía triste. Los jorobados de ambos sexos y los escritores tenían para mí un atractivo que nunca he podido explicarme.

Cap. XI. Mis aversiones. — No me han gustado las mujeres intrigantes; he tenido aversion á las arañas, y me ha espantado siempre la justicia.

Cap. XII. Análisis. — Mi vida ha sido un mal melodrama de grande espectáculo, donde yo he desempeñado los papeles de héroe, de tirano, de galán jóven, de barba, pero jamás de lacayo.

Cap. XIII. Mi epitafio. — Dejo bastante dinero para que me levanten un sepulcro, en el que grabarán en versos sonoros los siguientes pensamientos:

«Aquí yace un corazón gastado y un cuerpo ídem; un pobre diablo difunto: pasad sin deteneros.»

Es de desear que esta historia, que se da como auténtica, sea una novela en abreviatura, por honra de la naturaleza humana.

Sin embargo, se ven en Paris cosas tan singulares, que seguramente no nos atreveríamos á poner en duda su certeza. Por ejemplo, al lado de esta prueba de cínico excepcionalismo, citaremos un rasgo de supersticion que forma un contraste chocante con el sentimiento que dictó aquellas estupendas Memorias. El hecho en cuestion se encuentra relatado en una carta fechada el 4 de febrero, é inserta en uno de los últimos números del *Figaro*, y se reduce á lo siguiente:

El que suscribe esta correspondencia, M. A. Maury, dice que hallándose el domingo último, en compañía de un estudiante y de un guarda, en uno de los grandes anfiteatros de anatomía de Paris, se presentó un obrero, y les pidió le hiciesen el favor de indicarle una mujer, entre los cadáveres cubiertos de lienzos que se hallaban entonces sobre las mesas de diseccion.

Creyendo el guarda que este hombre extraño al establecimiento era algun loco, se disponia á echarle fuera, cuando hé aquí que entre tanto el desconocido habia tenido tiempo de descubrir un cadáver, y de pincharle dos ó tres veces con una aguja de coser, que guardó cuidadosamente en un estuche.

Preguntado sobre los motivos de tan extraña accion, hizo esta confidencia:

«Su hermano debia entrar en quinta dentro de algunos dias, y á fin de que sacara en el sorteo un número que le eximiera del servicio, su madre habia preparado no sé qué objeto fantástico que debia coserse á su blusa mediante una aguja con la cual se habia de haber picado dos veces el cadáver de una mujer jóven.»

A esto añadió que algunos años antes, provisto de un amuleto igual, habia salido exento, y que no dudaba que su hermano lograria por el mismo medio el mismo resultado. Finalmente, aquel hombre habia entrado en la sala de diseccion dando un pretexto al portero, y afirmó que si allí

no se hubiese salido con la suya, habria ido á la Morgue, y en último caso al cementerio. Esto ha sucedido en Paris el primer domingo del mes de febrero del año 1867.

En una de nuestras últimas revistas, dimos á conocer á nuestros lectores los resultados del censo de la Francia hecho en 1866; mas entonces no nos hicimos cargo de una particularidad muy notable, y que ha llamado altamente la atencion de los que se ocupan en trabajos estadísticos, cual es la disminucion de las mujeres: veamos cómo se explica este fenómeno, pues fenómeno puede llamarse, en atencion á que siempre se habia observado lo contrario.

Con efecto, constantemente se ha visto que habia un excedente considerable en favor del bello sexo, y esta es la vez primera que el excedente en cuestion ha bajado á una cifra relativamente escasa.

Es de notar que bajo el punto de vista general, aunque nazcan, por término medio, 105 varones por 100 hembras, como las causas de mortandad son mayores, aun durante la primera edad para los primeros, el equilibrio se restablece en breve, y en suma, los recuentos hechos desde el principio de este siglo, han acusado siempre en Francia un excedente mas ó menos considerable en favor del bello sexo.

De este modo pues, en 1806, la Francia contaba 481,725 mujeres mas que hombres, y este excedente se elevó en 1821, á 868,345; en 1831, á 769,033; en 1846, se redujo á 316,323; en 1856, á 299,026; en 1861, á 95,861, y en 1866, solo queda un sobrante de 38,876 mujeres.

El excedente de mujeres observado en 1866 seria mucho menor aun, y la cifra de individuos del sexo femenino quizá seria inferior á la del masculino, si, como lo indica el informe del señor ministro del Interior, hubiesen figurado en el último recuento las tropas que están lejos de Francia.

Cierto es que las defunciones del sexo masculino, que durante largo tiempo sobrepujaron á las del sexo femenino, tienden á disminuir desde hace unos veinte años; pero lo mismo sucede en cuanto al exceso de los nacimientos masculinos sobre los femeninos, segun las notables observaciones de M. Mathieu, del Instituto.

Preciso es pues buscar en otra parte la causa de la disminucion del número de mujeres en Francia, y el problema que hay que resolver sobre este punto, merece fijar la sagacidad de los fisiologistas, los economistas y los filósofos.

Se trata de indagar si el hecho señalado entra en el orden natural de las cosas, si es un progreso ó no, ó si es que se restablece el equilibrio en virtud de una ley providencial.

Los que plantean estas cuestiones, que seguramente tienen importancia, aunque sin resolverlas, dicen sin embargo, que el desarrollo progresivo de los grandes centros ha contribuido poderosamente á producir el resultado aquí consignado. Citando un solo ejemplo, hablan de Marsella que contaba en 1837 un excedente de 7,779 mujeres, y que en 1866 ofrece por el contrario un excedente de 9,977 hombres; y añaden que lo mismo sucede, y en mayor proporcion, en Paris, Lille, Lyon y Burdeos. Solo en el departamento del Sena Inferior el sexo femenino es mas numeroso que el masculino.

Dejando ya la estadística, tocaremos asuntos menos áridos. A pesar de que hemos señalado en nuestra crónica de la última semana varias de las curiosidades que se preparan para la Exposicion universal, volveremos hoy á lo mismo, aunque solo sea para fijarnos en un objeto cuyo envio nos anuncian los diarios norte-americanos.

Parece ser que un hombre de genio ha dado á luz en América una de las mas curiosas invenciones que pueden figurar en los anales de la moderna industria, cual es la de los «niños artificiales» destinados á dar á los viajeros que viajan por ferro-carril las ventajas de un aislamiento completo.

¿Es ó no de marca mayor la invencion norte-americana?

Estos chiquillos, hijos de la industria, imitan tan perfectamente los lloros y quejidos de los que son de carne y hueso, que hacen escapar á toda prisa al indiscreto que abre la puerta del compartimiento en que los llevan.

El precio de estos objetos de primera necesidad para toda persona que desea viajar cómodamente, se halla en relacion con el puesto que ocupa el viajero, á saber: niños de 1.ª clase, con un metal de voz muy agudo, y que puede, si llega el caso, recorrer hasta cinco octavas, 10 pesos fuertes; los mismos, de repeticion, 12 id. id.; de grito continuo, 15 id. id.; 2.ª clase, grito no muy fuerte, pero insoportable, 5 id. id.; 3.ª clase, chiquillos ordinarios, con gritos intermitentes, 2 pesos y medio. Estos últimos pueden llevarse en el bolsillo.

Añádese que este producto artificial, tan útil y precioso, es una obra maestra en cuanto á hermosura y solidez. De-seamos verlos para admirarlos.

Los visitantes de la Exposicion universal podrán ver casi concluido el nuevo Teatro de la Opera construido en Paris, que á esta hora se presenta ya casi terminado, á lo menos por lo que toca á la obra gruesa.

Hé aquí la lista de las estatuas ó bustos que adornarán exteriormente este hermoso edificio, cuya descripcion daremos en su dia en nuestro periódico:

En la fachada principal cuatro medallones en los tímpanos de los arcos, que representen Cimarsa, Pergolese, Bach y Haydn.

En el vestibulo grande cuatro estatuas sentadas, que serán los cuatro jefes de las diversas escuelas: Lulli, Rameau, Gluk y Hændel.

En los tragaluces de la fachada principal habrá siete bustos de bronce dorado, á saber: Rossini, Auber, Beethoven, Mozart, Spontini, Meyerbeer y Halévy.

A la espalda de la anterior fachada, dos bustos de libretistas, Scribe y Quinault.

Las laterales se adornarán con doce bustos en cada una, dispuestos del modo siguiente:

En el costado derecho: Monteverde, Durante, Jomelly, Grétry, Monsigny, Sacchini, Lesueur, Berton, Boieldieu, Hérol, Donizetti y Verdi.

En el costado izquierdo: Cambert, Campra, J. J. Rousseau, Philidor, Piccini, Paesello, Cherubini, Méhul, Nícolo, Weber, Bellini y Adam.

Para la colocación de estos veinte y cuatro bustos se seguirá el orden cronológico.

Estamos en vísperas de grandes novedades teatrales, pero por el pronto hay gran escasez de cosas de importancia. Lo más notable ha sido una ópera estrenada noches pasadas en el Teatro Lírico, con el título de *Sardanápalo*, primera producción de un compositor muy joven, M. de Joncieres. No puede decirse que no ha gustado, ni hubiera sido justo, pues hay en la partitura ciencia musical y un estilo variado; pero se resiente de la falta de armonía en las proporciones. A nuestro juicio M. Joncieres promete como compositor, lo que no ha dado todavía.

El libretto es también la primera obra de un joven escritor, M. Beeque, y ha parecido, generalmente, superior a la partitura.

MARIANO URRABIETA.

### Poesías.

#### EL POETA Y SU BELLA NAVEGANDO.

EN EL ALBUM DE BELISA.

De la luna al tibio rayo  
Y al favor de blanda brisa,  
Surquemos la mar, Belisa,  
En nuestro raudo bajel.

Surquémosla, sin cuidado,  
Que va contigo tu amante,  
Tu trovador anhelante  
Y va Belisa con él.

Cuando esté la mar en calma  
Y el cielo azul y sereno,  
De ternura el pecho lleno  
En tus brazos dormiré:

Te diré cómo las ondas  
En tumbos mil se revuelven  
Y tranquilas se devuelven  
En zafiros y oropel.

Te diré cómo la luna  
Del marino compañera  
En las olas reverbera  
Y aplaca su furia al mar.

Te diré cómo la brisa  
Con su aliento embalsamado  
Nuestro barco acelerado  
Hace las ondas cortar.

Más cuando la mar se aire  
Y en sierras de agua se eleve,  
Y nuestra barquilla lleve  
A los astros á estrellar:

Cuando el aquilón sañudo  
Bata mi débil barquilla,  
Y comiences, simplecilla,  
A gemir y suspirar.

Yo descolgaré mi lira  
Y al gigante son del trueno  
Calmaré tu dulce seno  
Con mi plácido cantar.

Te diré cómo se ostenta  
Muy más lánguida la luna,  
En pos la furia importuna  
De la horrenda tempestad.

Te diré cómo se ostenta  
Muy más claro el mar bravío  
En pos del embate impío  
Del horrisono aquilón:

Cual se muestra muy más bella,  
Muy más grata y seductura,

Tu alba faz encantadora  
De fugaz desden en pos.

¿Qué importa si las ondas  
Sumergen nuestra barquilla?...  
Con mi labio en tu megilla  
A los dos nos hundirán...

Abrazados bajaremos  
A la tumba en raudo giro,  
Y nuestro postrer suspiro  
Mezclado se exhalará.

Y ¿qué importa que el nublado  
Vele el cielo á nuestros ojos,  
Si en tu frente, sin enojos,  
Mirando mi cielo voy?

Y ¿qué importa que la luna  
Esconda su luz de plata,  
Si una luz más pura y grata  
Recibiendo de tí voy?...

Surcando la mar tronante  
Al compás de nuestros remos,  
Cantando alegres iremos  
Las tempestades del mar:

Tú, tu voz darás al viento  
Con que rindes y enajenas,  
Y corridas las sirenas  
Escucharán tu cantar.

Yo mi amor te cantaré  
De mi cítara al compás,  
Tú, tu amor me cantarás  
De tu pecho al blando son:

Yo seré en el mar Neptuno,  
Y tú Venus en el mar,  
Y alzaremos á la par  
Nuestra amorosa canción.

JUAN JOSÉ I. RODRIGUEZ.

Á LA DISTINGUIDA POETISA SEÑORITA DOÑA BLANCA GASSOT.

#### I.

La bella primavera  
Cubre los campos de olorosas flores,  
Rico tapiz de espléndidos colores  
Que lo embalsama todo en derredor;  
Lo mismo, dulce Blanca,  
La magia de tu célica hermosura,  
Y de tu voz la angelical ternura,  
Llenan el pecho de ferviente amor.

Muy joven todavía  
Obtienes de las musas los favores,  
Ciñendo el arpa de laurel, de flores,  
Sin violencia, sin temor ni afán;  
Y cual suave arrullo  
De la tórtola triste, enamorada,  
O del aura que gime en la enramada,  
Gozo y consuelo tus cantares dan.

Bellísima azucena;  
Dulce, amorosa, lánguida hermosura,  
Quiera Dios que no sientas la amargura  
Que en el mundo se encuentra por doquier:  
Quiera tu buen destino  
Que al trasponer tu bella edad primera,  
No encuentres la desgracia en tu cañera  
Sumida en desencanto y padecer.

#### II.

Pulsa tu armónica lira;  
Tus dulces ensueños canta,  
Ciñendo á tu frente pura  
Gloriosas coronas, Blanca.  
Déntele su plácido arrullo  
Las leves, tranquilas auras;

Los de la limpia corriente  
Ríos de argentinas aguas,  
Al son de sus mansas ondas,  
Un eco den á tu arpa.  
Los pájaros que inocentes  
Entre los ramajes cantan;  
Las flores cuyos matices  
El verde prado engalanan,  
Inspiren tu mente, niña,  
Dando expansión á tu alma.  
Las tempestades bravias  
Que zumben en tu ventana,  
Y los trémulos suspiros  
Que el corazón despedazan,  
Y la canción dolorosa  
Hija del luto y las lágrimas,  
No den asunto á tus versos  
Triste dejándote el alma.  
Pulsa tu armónica lira;  
Tus dulces ensueños canta,  
Y los gemidos perdona  
Que hoy te dedico en el arpa.

Si fijas tus lindos ojos  
En esta fúnebre página,  
Y ves en ella una sombra  
Que tanta blancura mancha,  
Será, no lo dudes, niña,  
De mi dolor una lágrima.  
¡Desgarradas por espinas  
Tengo místicas en el alma,  
Las bellas endebles flores;  
Las flores de la esperanza!  
¡Ay, triste, su tallo mecen  
Los vientos de la desgracia,  
Y el riego que darles puedo  
Es solamente de lágrimas!...

.....  
¡Perdón, pues, dulce niña,  
Estas canciones amargas!

ANTONIO DE S. MARTIN.

### Exposición universal de 1867.

Hé aquí el plano auténtico y completo del palacio de la Exposición universal y de los jardines del Campo de Marte. Desde el principio de las obras, hemos seguido paso á paso sus progresos; hemos publicado diferentes vistas tomadas sobre los mismos lugares y que reproducían con la más rigurosa exactitud el estado de las construcciones á medida que iban adelantando, enumerando de paso en una serie de artículos todo lo más digno de darse á conocer sobre esta inmensa empresa. El plano que damos hoy completa este trabajo preliminar, y así es que nos hallamos ya en estado de preparar la revista general y detallada de la Exposición universal de 1867, cuya apertura tendrá efecto el 1.º de abril próximo. Entre tanto no hay para qué decir que continuaremos anunciando á nuestros lectores todas cuantas noticias nos parezcan dignas de interés sobre este gran concurso que interesa de un modo tan especial á todos los pueblos. Por el pronto, vamos á echar una ojeada á nuestro plano, que publicamos con la autorización de M. Dentu, editor en París, concesionario del Catálogo oficial de la Exposición:

El sitio consagrado al teatro de la grande fiesta artística é industrial que prepara la Francia, se halla encerrado entre la avenida Labourdonnaye y la de Suffren por una parte, y la avenida Lamothe-Piquet por otra. Penétrase en el interior de este vasto paralelogramo por trece puertas, á saber: tres situadas en medio de la avenida Labourdonnaye, donde desembocan la calle Saint-Dominique y la avenida Rapp; la puerta Saint-Dominique, la puerta Labourdonnaye y la puerta Rapp; tres situadas precisamente enfrente de estas últimas, en la avenida de Suffren; la puerta Kleber, la puerta de Suffren y la puerta Desaix; cuatro colocadas cada una en uno de los ángulos del Campo de Marte: la puerta de Orsay, la puerta de Grenelle, la puerta Dupleix y la puerta de Tourville, esta última en el desembocadero de la avenida del mismo nombre: finalmente, la puerta de la Escuela militar, enfrente del pabellón central de la Escuela, la puerta principal, enfrente del puente de Iena, y la puerta de la Gare, en la avenida de Suffren, mirando á la estación del ferro-carril de cintura. Total trece.

El parque se halla dividido de este modo:

1.º El parque, propiamente dicho, que rodea el palacio y ocupa por el lado del Sena todo el espacio hasta el muelle de Orsay; 2.º el jardín reservado, donde estará la exposición de horticultura. Este se halla situado en el ángulo que forman la avenida Lamothe-Piquet y la avenida Labourdonnaye, y limitado hácia el parque por la avenida de Europa y el camino circular; 3.º el

sitio consagrado á la agricultura francesa, por el mismo lado que el jardín reservado, pero en el ángulo opuesto. Este forma un cuadrilongo separado del parque por la avenida de Europa y la avenida de Westfalia. La Francia ocupa la mitad de la porción del parque que figura en el plano á la derecha del palacio. Esta

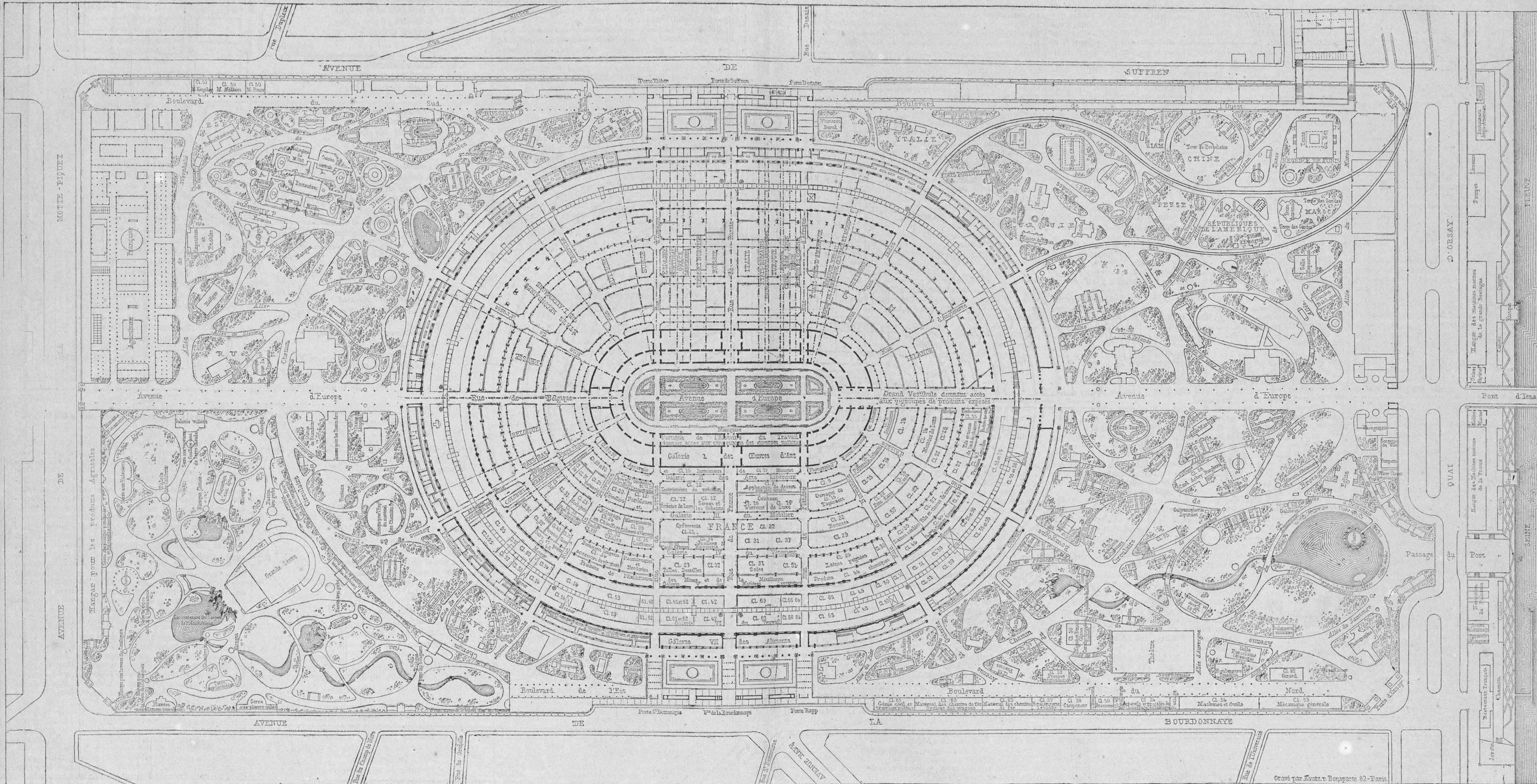
porción está limitada por la avenida de Europa, el muelle de Orsay y la avenida Labourdonnaye hasta la puerta Rapp. La otra mitad, que limitan la avenida de Europa, el muelle de Orsay y la avenida de Suffren, está repartida entre la Gran Bretaña, Marruecos, Túnez, la

China, Siam, el Japon, las repúblicas de América, la Rusia, la Turquía, el Egipto, los Estados pontificios y la Italia, que confina con la puerta Desaix. La parte del parque que se halla á la izquierda del palacio está ocupada: 1º por la Holanda y la Bélgica, entrambas acantonadas entre el palacio y el jardín re-

mo orden de productos, será fácil al visitante comparar un producto cualquiera con el producto semejante de tal ó cual pueblo. Para esto no habrá mas que seguir, á partir de un punto dado, la galería concéntrica en donde se encontrará el visitante, hasta que llegue á la porción de esta galería que corte la tajada afectada á

este pueblo. Aquí verá el producto análogo. Nada mas sencillo que este sistema, y por lo tanto es supérfluo insistir en este punto: Pasemos á otra cuestión. El *Moniteur* del 19 ha publicado el reglamento relativo á la entrada en la Exposición universal. Es un do-

cumento muy largo que ocupa nada menos que tres grandes columnas del periódico oficial, y por lo tanto nos limitaremos á resumir las disposiciones principales que pueden interesar á los lectores que deseen visitar la Exposición del Campo de Marte. La Exposición se abrirá solemnemente el día 1º de



PLANO OFICIAL DEL PALACIO Y DE LOS JARDINES DEL CAMPO DE MARTE.

servado hasta la parte de la avenida de Europa que da frente á la Escuela militar; 2º á la otra parte de esta avenida, por la Prusia, las diversas potencias alemanas, el Austria, la España, el Portugal, la Suecia, la Noruega, y finalmente la Rusia, que solo está separada de la Italia por el espacio comprendido entre las tres puertas de la avenida de Suffren.

Poco nos queda que añadir á lo que hemos dicho ya repetidas veces sobre la disposición interior del palacio. Sabido es que el palacio se divide en galerías circulares y concéntricas, cortadas por calles transversales que van de la circunferencia á un jardín central. Echando una ojeada á nuestro plano, se reconocerá en seguida el sitio afectado á cada nacion.

Vemos pues, que el interior del palacio está cortado en tajadas, si es posible emplear esta expresion, que van del jardín central á la circunferencia. Cada nacion ocupa una de estas tajadas que, por consiguiente, atraviesa todas las galerías concéntricas. Ahora bien, como cada galería concéntrica debe estar para todos los pueblos exponentes consagrada á la exposicion de un mis-

mo orden de productos, será fácil al visitante comparar un producto cualquiera con el producto semejante de tal ó cual pueblo. Para esto no habrá mas que seguir, á partir de un punto dado, la galería concéntrica en donde se encontrará el visitante, hasta que llegue á la porción de esta galería que corte la tajada afectada á

este pueblo. Aquí verá el producto análogo. Nada mas sencillo que este sistema, y por lo tanto es supérfluo insistir en este punto: Pasemos á otra cuestión. El *Moniteur* del 19 ha publicado el reglamento relativo á la entrada en la Exposición universal. Es un do-

cumento muy largo que ocupa nada menos que tres grandes columnas del periódico oficial, y por lo tanto nos limitaremos á resumir las disposiciones principales que pueden interesar á los lectores que deseen visitar la Exposición del Campo de Marte. La Exposición se abrirá solemnemente el día 1º de

C. P.

## Crichton

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR W. HARRISON AINSWORTH.

(Continuacion.)

— Pues qué, contestó el anciano, ¿no os dice vuestro generoso corazón, mejor que mis reprimendas, el camino que debéis seguir? ¿No sabéis acaso que vuestra vida es preciosa para nuestro partido y su causa? ¿No advertís que no podéis exponer temerariamente la existencia? El baron Rosny, vuestro fiel servidor, os ha dicho la verdad al afirmar que de vuestra salvacion depende la prosperidad de un reino, y mis lágrimas no se habrán vertido en vano, si con ellas consigo apartaros de las vanidades para hacer os proseguir vuestra noble empresa. Vale mas que un hombre se ruborice en secreto, que no que un reino tenga que avergonzarse de su soberano. Rechazad, señor, la esclavitud de los sentidos; no cedais á las tentaciones del príncipe de las tinieblas, y pensad sobre todo que sois nuestro guardian, nuestro baluarte mas poderoso.

A medida que hablaba, los ojos del anciano parecían brillar con el fuego de la inspiracion, y su semblante, animado de un fervor apostólico, produjo en el rey mas impresion que las palabras.

— Estad tranquilo, mi buen amigo, contestó Enrique; yo no quiero comprometer de ningun modo mi seguridad ni la de mi partido. No voy al torneo mas que con el objeto de ver las justas; pero os empeño mi real palabra de no exponer mi vida ni mi seguridad en peligros inútiles. Y ahora, añadió Enrique, como el tiempo urge y no puedo prolongar la conferencia, recibid las gracias por vuestros buenos consejos, y decidme de una vez qué comunicaciones de importancia teneis que hacerme, y en qué puedo servirlos.

— No es para mí para quien solicito favores, repuso el ministro, sino para una persona que os interesa intimamente. Sabed, señor, que una hermana del príncipe de Condé se halla en este momento cautiva entre las manos de la sanguinaria Jezabel de Francia, Catalina de Médicis. Para salvar á esa víctima es para lo que solicito vuestro apoyo, y si os exponéis al peligro, que sea al menos para libertar á una princesa de vuestra sangre real.

— Si fuese cierto lo que decís, contestó Enrique, no solo tendriais mi ayuda, sino que yo arrebataria esa princesa del Louvre; pero sin duda os han engañado, pues mi primo de Condé no tiene ninguna hermana en la corte de Francia.

— El príncipe cree que pereció en su infancia, señor; pero se salvó casi milagrosamente cuando Luis de Borbon huía á la Rochela. Sé la historia por una de las camaristas de Catalina de Médicis.

— Ese informe es de origen sospechoso, dijo Enrique; las camaristas de Catalina no son dignas de crédito, y las conozco hace mucho tiempo. ¿Quién sabe si esta historia será algun lazo para atraparnos? Mi primo de Condé me habló varias veces de su desgraciada hija, pero asegurándome siempre que habia perecido.

— Creedme, señor, vive, replicó Cristian.

Y el buen anciano refirió entonces rápidamente todas las particularidades de la historia de Esclarimonda, diciendo tambien que aquella misma mañana habia sido llamado al Louvre en secreto para visitar á la joven, que le pidió apoyo y proteccion, á fin de sustraerse de las persecuciones de su real amante, el cual la amenazaba con crueles rigores si resistia á su amor.

— Cuando entré en su cuarto, añadió Cristian, estaba llorando, y creyendo el momento oportuno, la descubrí el secreto de su nacimiento, manifestando cuál era su ilustre familia, y rogándola se portase como una descendiente de casa real.

— ¡Ah, diablo! ¿cómo recibió la noticia?

— Como una hija de la raza de Borbon, repuso Cristian; su llanto cesó al momento, y con la mayor gravedad y calma comenzó á conversar conmigo acerca de los medios necesarios para su evasion. Una sola circunstancia le causaba mucha pena; pero no sé si debo decirlo á Vuestra Majestad.

— Yo no tengo empeño en saberlo, amigo mio, sobre todo si es un secreto de la princesa.

— Conviene sin embargo que Vuestra Majestad conozca el estado de su corazón, para que podais formar un juicio...

— Sobre la conveniencia de la alianza, ¿eh? Y ¿quién es el que ha tenido la felicidad de captarse el cariño de una princesa cautiva?

— Un caballero escocés llamado Crichton, que se ha distinguido mucho en la corte de vuestro hermano de Francia.

— ¡Ira de Dios! gritó Enrique irritado, ¿aspirará por ventura á su mano?

— Vuestra Majestad olvida que no la conocia sino como dama de honor de Catalina.

— Es verdad, contestó el rey; pero ahora es mi prima, y no puede enlazarse con un aventurero como Crichton.

— Eso precisamente es lo que le causaba tanta pena esta mañana, y su dolor se acrecentó al saber por una misiva de Crichton, que este habia logrado descubrir

por casualidad su ilustre origen, arrancando las pruebas de manos de Catalina con peligro de su vida. El paquete que las encerraba se habia perdido, sin embargo, al tratar de remitírselo.

— ¡Voto á sanes! exclamó Enrique. ¿Creeis que existen tales pruebas?

— El caballero Crichton afirma que el paquete contenia cartas de la reina madre, del mariscal de Tavares y del cardenal de Lorena.

— ¡Diablo! murmuró el rey, esas cartas valian bien la pena de arriesgar la existencia, y quiera Dios que no caigan de nuevo en manos de Catalina. A la verdad que era un acto atrevido arrancar su presa á la leona, y ese Crichton ha probado que es un caballero de algun valor. Una pregunta mas, querido Cristian: ¿sabéis si el caballero escocés ha prometido terminar su aventura librándolo á mi prima cautiva?

— Si he de deciros la verdad, contestó Cristian vacilando, así lo ha prometido.

— Estaba seguro, dijo Enrique sonriendo. ¿Se halla Esclarimonda en el Louvre en este momento?

— Sí, con las damas de Maria Luisa, á quien acompañará á medio día al torneo. Siguiendo las órdenes del rey, Esclarimonda deberá presidir como árbitra soberana, y esta noche habrá fiesta y baile de máscaras en el Louvre. Antes de este tiempo será preciso libertar á Esclarimonda, si quiere evitarse que sea víctima de la desgracia.

— Así se hará, contestó el rey, aun cuando para ello fuese necesario proclamar su rango ante Enrique y su corte. Pero el tiempo vuela, Cristian, y es preciso que me vaya al torneo.

— Vuestra Majestad...

— Estoy decidido, resuelto, y por lo tanto es inútil me digais nada; permaneced aquí hasta que concluya el torneo, y volveré á buscaros.

Hablando así, el rey hizo una señal al baron Rosny, que lanzando una mirada de soberano desprecio á los estudiantes, se le reunió al instante.

Después de decir algunas palabras al anciano, despidióse Enrique de la hermosa Fredegonda, y salió con su compañero de la hostería.

Al ir á montar en sus caballos, que estaban á la puerta, una numerosa banda de pages, escuderos y ugieres reales con magníficas libreas de terciopelo carmesí y raso blanco, precedida de trompetas y alabales, desembocó estrepitosamente por la calle del Pelicano, gritando:

— ¡Paso á la reina madre! ¡Atrás, atrás!

Enrique se caló el sombrero hasta los ojos, y fingió arreglar la silla de su caballo.

En el mismo momento apareció Catalina montada en una magnífica yegua española, y seguida de su *escuadron volante de damas*.

Imposible seria figurarse nada mas risueño y seductor que aquella brillante corte de mujeres hermosas, seguida cada una de un page vestido con sus colores.

Todas ellas llevaban una media careta, de modo que el espectador no podia formar un juicio exacto acerca de la mayor ó menor belleza de las facciones; pero á juzgar por el brillo de sus ojos, la magnificencia de sus trajes, la ondulacion de sus cabellos, sedosos y flotantes, la gracia y elegancia de sus formas, adivinábanse los encantos y hermosura de aquellas amazonas.

A pesar del peligro á que se exponia, Enrique no pudo resistir á la tentacion de lanzar á hurtadillas una mirada sobre aquel grupo de bellezas que desfilaban delante de él, y como una de ellas, que parecia mas hermosa que las demás, llamase particularmente su atencion, la Rebours, que iba al lado, exclamó:

— ¡Santa Maria! ¿no os parece, Foseuse, que ese caballero se asemeja mucho al rey de Navarra?

— ¡A Enrique! contestó con indiferencia la Foseuse, yo no creo que se le parezca en nada.

— Puede ser, suspiró la Rebours, pero á mí me parece la semejanza muy notable.

Al decir esto, volvió la cabeza para mirar de nuevo, mas el caballero habia desaparecido.

— ¡Es singular! murmuró la Rebours pensativa.

Volvamos ahora á la hostería del *Halcon*, y ocupémosnos de la veneciana.

La infortunada joven no pudo dominar su terror al ver á Ogilvy comprometido en una segunda lucha con los estudiantes; pero sus temores se acrecentaron cuando después de marcharse el baron Rosny, las amenazas de aquellos tomaron un carácter mas hostil, viéndose el escocés rodeado por todas partes de encarnizados enemigos.

Ni los brazos robustos de Blount, ni los esfuerzos del sargento suizo fueron suficientes á conjurar la tormenta ni acallar las voces de los que pedian la muerte de Ogilvy.

Brillaron las espadas y los puñales: las mesas y bancos rodaron por el suelo; dejóse oír una explosion de juramentos y gritos de venganza, é iba sin duda á seguirse un sangriento conflicto, cuando penetró en la hostería el sargento de la guardia seguido de dos soldados y varios hombres vestidos de negro, que á juzgar por su traje parecían italianos.

El jefe de la guardia intimó la orden en nombre del rey, y temiendo las consecuencias de una negativa, los combatientes envainaron sus aceros; pero en el mismo momento ocurrió otro suceso, que variando el aspecto de las cosas, resucitó de nuevo la animosidad.

Al ver á los recién venidos, Ginebra no pudo reprimir un grito: al oírlo, uno de ellos se precipitó hácia la joven, y antes que esta pudiese oponer la mejor resistencia, hallóse en poder de los secuaces de Gonzaga.

Lanzarse en su socorro y arrancarla de manos de su raptor, fué para Ogilvy obra de un momento; pero su auxilio fué ineficaz, y Ginebra no salió de las manos de uno sino para caer en las de otro.

Entre tanto Ogilvy no habia soltado al italiano, y en la lucha cayósele á este último un paquete que el escocés reconoció al instante.

— ¡Ah! exclamó, poniendo un pié sobre los papeles. ¡A mí, Blount, á mí! Hé ahí el objeto de las pesquisas de nuestro querido Crichton; esos son los documentos que prueban el nacimiento de la princesa Esclarimonda. ¡A mí, á mí!

— ¡Por el cielo! gritó Cristian, mudo espectador de aquella escena, ¡volad á su socorro! Yo mismo quisiera tener una espada en este momento. ¡Socorredle, socorredle!

Pero Blount no necesitaba que le instasen para sacar su espada. Arrojóse resueltamente sobre los italianos, cuyas armas estaban todas dirigidas contra el pecho de Ogilvy, y dió muerte al mas próximo, pero no pudo evitar un fatal incidente.

Uno de los secuaces de Gonzaga, aprovechando la oportunidad, hundió su puñal en el pecho de Ogilvy, que sin lanzar un gemido, aun cuando se sentia herido de muerte, se inclinó para coger el paquete de cartas.

— Tomadle, dijo, haciendo un último esfuerzo y acercándose al inglés; ya sabéis cuál es su destino... No hagais caso de mí, huid; las fuerzas ne me permiten seguirlos, pero mi corazón os acompaña. Id á buscar á Crichton, y decidle... la voz me falta... ¡huid... huid!

Al pronunciar estas palabras, Ogilvy entregó el paquete á Blount, y volviéndose hácia sus adversarios, les mostró un semblante tan terrible, y resuelto que los mas animosos retrocedieron espantados.

— Seguidme, señor, murmuró Fredegonda, que protegida por el suizo, se habia acercado á los combatientes. Seguidme, dijo cogiendo á Blount por una manga, y vos tambien, santo varon; vosotros no podéis prestar sino un débil socorro á este moribundo, y vuestra presencia solo sirve para irritar á estos asesinos. ¡Virgen santa! mi casa deshonrada por semejante lucha. Maese Jacobo, atencion á sus espadas, impedid que se aproximen; yo hallaré medios de recompensar vuestro valor: venid, señores, ¡por aquí, por aquí!

Blount vacilaba.

— ¡Por san Jorge! exclamó; jamás he vuelto la espalda á un enemigo, y no sé por qué he de huir cuando tengo que vengar á mi compañero.

— Si quieres vengarme, no te detengas, murmuró Ogilvy.

Al pronunciar estas palabras, la espada de un enemigo le atravesó el cuerpo, y el escocés cayó en tierra.

— No permitas que triunfen del todo, gritaba Ogilvy moribundo.

— ¡Ah! ya se escapa, añadió volviendo sus ojos vidriosos hácia Blount, que protegido por el suizo y su valiente perro, desaparecia por una puerta secreta, seguido de Cristian y la hostalera.

Cuando aquella puerta, que no habian observado antes los estudiantes, quedó sólidamente atrancada con los vigorosos hombros de maese Jacobo, una sonrisa de triunfo iluminó el semblante de Ogilvy, y murmuró con voz desfallecida:

— ¡Muerdo contento!

En aquel instante oyóse un agudo grito: era la veneciana, á quien uno de los satélites de Gonzaga acababa de poner una mordaza para que no griase. Hecho esto, sin atender á los ruegos de Fredegonda ni á las impotentes amenazas del escocés, los italianos desaparecieron con su presa.

— ¡Cobardes, asesinos! gritaba Ogilvy, que se habia incorporado sobre un brazo. ¿No habrá uno que la socorra? Creeis que es un hombre, y es una mujer disfrazada. ¿Dejareis maltratar á una joven indefensa? ¡Ah, miserables! defendedla, si sois hombres.

— ¿Te parece á tí que vamos á obedecerte? dijo el estudiante de la Sorbona, pasando por delante de Ogilvy. Nada de eso; nuestra venganza es completa, pues en un mismo dia pierdes la vida y esa muchacha. ¡Ah! añadió, venid, camaradas, vamos al torneo, que esto es de buen agüero. El compatriota de este escocés encontrará acaso igual suerte en las justas.

Y al pronunciar estas palabras, los estudiantes abandonaron la hostería entonando una cancion contra los hugonotes.

Apenas se hallaban en la calle, cuando varios hombres armados, del vizconde de Joyeuse, penetraron en la sala.

— ¿Dónde está el joven á quien debemos conducir fuera de Paris? preguntó el jefe, lanzando en derredor una mirada de asombro y alarma.

— ¡Ah!... murmuró Ogilvy, en las manos de...

El bravo escocés no pudo concluir la frase; sus ojos se cerraron con pesadez, y quedó sumido en el eterno silencio de la muerte.

XXI.

LA PROCESION.

Como se acercaba la hora del torneo, todos los alrededores del Louvre se veian cuajados de una inmensa multitud, que anhelante y curiosa se precipitaba desde los barrios mas lejanos para presenciar el helicoso espectáculo.

Componíase aquella muchedumbre de todas las clases

que forman la numerosa y diversa población de París; pero como sucede generalmente en tales casos, predominaba el bello sexo; así es que por cada casco ó birrete se veían diez cofias de seda ó muselina.

Por lo demás la multitud era, según ya hemos dicho, de lo más variado que imaginarse puede: magistrados de la ciudad, alguaciles, arqueros, soldados, elegantes damas, apuestos caballeros, estudiantes de las universidades y religiosos de diversas órdenes, se agitaban confundidos en mal revuelto tropel, formando un conjunto tan agradable como pintoresco.

Poco antes de comenzarse las justas, elevóse entre la muchedumbre una ruidosa gritería, y las masas se hicieron más compactas para dar paso á la litera de la reina de Navarra, que se dirigía al Louvre.

Los espectadores trataron en vano de ver el rostro de Margarita, que oculta en el fondo de su carruaje, parecía evitar las miradas de todos; pero en cambio pudieron contemplar á la hermosa Torigni, cuya blanca mano, cuajada de sortijas, arreglaba en aquel momento los rizados bucles de su negro cabello.

Detrás de la litera de Margarita aparecieron los ugieres y la guardia del gobernador de París, Renato de Villequier, quien se preciaba de tener la carroza más magnífica de París. El vehículo donde iba el marqués era en efecto espléndido.

A los pocos momentos de haber pasado el gobernador, oyóse una ruidosa locata, y se vió desembocar por una de las calles contiguas, á la brillante compañía de los Cuarenta y cinco, compuesta toda de caballeros gascones al mando del baron de Epernon.

Al reflejarse los rayos del sol en sus bruñidos corseletes, vióse que los catorce últimos caballeros de aquella escogida guardia, armados de punta en blanco, ostentaban bandas amarillas.

Después de los Cuarenta y cinco iban varios pages y escuderos con el escudo de su señor, y por último apareció Epernon, cubierto con una magnífica armadura empavonada, enriquecida de arabescos y relieves de oro.

Aun no habían vuelto los espectadores de la admiración que les causara la brillante guardia de los Cuarenta y cinco, cuando otro grupo no menos espléndido y lujoso que el anterior, vino á llamar de nuevo su atención.

Seis trompeteros á caballo que llevaban banderolas de seda galoneadas de oro y el escudo de la familia de Gonzaga, anunciaron la aproximación del duque de Nevers.

Montaba el duque un noble corcel de pura raza árabe, é iba avanzando con paso lento y majestuoso, seguido de sus escuderos y pages, más numerosos que los del baron de Epernon.

Cubría su cuerpo una rica armadura de acero de Milán, del más exquisito trabajo, en la cual se reflejaban los rayos del sol como en un espejo, y por encima del corselete, incrustado de oro y perlas, pendía la órden del Espíritu Santo, sujeta á una cadena del mismo metal.

Por último, balanceábase en la cimera de su casco una blanquísima pluma, y era su porte tan digno y suntuoso, que todos saludaron su aparición con ruidosas aclamaciones, á las cuales contestó el orgulloso duque con una altiva inclinación de cabeza.

Al lado del duque, ostentando su magnífico traje eclesiástico, y montado en una hermosa mula ricamente enjaezada, conducida por dos servidores, cabalgaba Pedro de Gondi, obispo de París, prelado favorito de la reina madre, á quien debía su elevación.

Detrás del duque de Nevers y su escolta, apareció un escudero de Vicente de Gonzaga, llevando un pequeño escudo triangular pintado de blanco, en el cual se destacaba una máscara negra con la palabra *Vendetta*, y venía después una tropa de jóvenes pages magníficamente vestidos, montados en caballos, cuyas guai drapas de oro, así como los trajes de los primeros, ostentaban el escudo ducal de Mantua y Montferrato, con los cuarteles y barras bordados sobre terciopelo naranja y carmesí.

Seguía á los pages un numeroso grupo de lacayos á pié, vestidos también con bastante lujo; luego otro escudero que llevaba la lanza del príncipe; después otros dos pages vestidos de oro y seda, conduciendo un poderoso caballo alemán de ojos de fuego, regalado á Gonzaga por el duque de Nevers; y últimamente apareció el príncipe de Mantua, cubierto con una armadura negra recamada de oro y piedras preciosas. Una magnífica garzota de plumas sombreaba su casco, cuya visera calada no permitía ver las facciones. El príncipe pasó lentamente, seguido de otra banda de escuderos con trajes deslumbradores, y varios músicos que iban tocando el tambor, la corneta y el clarín.

Aun no habían pasado dos minutos, cuando el agudo sonido de las trompetas anunció á los espectadores otro nuevo espectáculo, y en efecto vióse venir á buen paso la brillante comitiva del vizconde de Joyeuse, que si no podía competir con la de Gonzaga en magnificencia, la aventajaba sin embargo por el número y la importancia, componiéndose toda de caballeros jóvenes de las mejores familias de Francia, ansiosos en aquella ocasión por mostrarse bajo la bandera del principal favorito del monarca.

Cubierto con una armadura completa de bruñido acero, y montado en un brioso corcel, apareció el vizconde de Joyeuse, radiante de hermosura y de alegría, conversando animadamente con un caballero que cabalgaba á su lado, y sobre el cual parecía fijarse con particular insistencia la atención de todos los espectadores.

El caballero de quien hablamos era ciertamente digno de admiración, y hubiera podido llamársele con justicia el verdadero espejo de la caballería.

Al ver la gracia y soltura con que manejaba su brioso caballo, cubierto de ricos arneses, todos aplaudieron con entusiasmo, en tanto que las damas parecían maravilladas al contemplar las bellas formas y hermosas facciones del apuesto doncel, cuya magnífica armadura podía muy bien rivalizar en gusto y belleza con la del mismo príncipe de Mantua.

Dos escuderos vestidos de azul y blanco seguían al caballero; uno llevaba su lanza, en cuyo hierro se veía sujeto un lazo de cinta, prenda, sin duda, de alguna dama por quien iba á combatir, y el otro un escudo de plata con el emblema del dragón verde vomitando fuego, y la divisa *leal hasta la muerte*, escrita en caracteres azules.

Cuando la multitud supo que el caballero que tanto interés excitaba no era otro que el admirable Crichton, el adversario del príncipe de Mantua, las aclamaciones llegaron á ser tan ruidosas, y tan vigorosos los esfuerzos por ver más de cerca á su persona, que fué necesario recurrir á la partesana y á la espada para contener á los curiosos, y la comitiva apresuró el paso para evitar detenciones.

— ¡Por Nuestra Señora! gritó Joyeuse, cuando hubieron llegado á la puerta del Louvre, atestada de carruajes, caballos, pages y escuderos; me parece, querido, que habrá gran concurrencia en las justas, y ya os podéis portar bien, pues van á estar fijadas sobre vos las miradas de todos los caballeros y todas las bellezas de Francia.

— Trataré de complacerlos, repuso Crichton sonriendo; pero ¿á quién veo aquí? ¡Por san Andrés! ¡mi compadre Chicot!

Y conteniendo su impaciente corcel, Crichton se detuvo, esperando á Chicot, que se acercó con cierto aire de gravedad cómica.

— ¿Qué deseas, amigo? preguntó el caballero.

— Soy portador de un cartel para tí, contestó el bufon con tono burlesco.

— Muchas gracias, compadre... un cartel, repuso Crichton. ¿Es por ventura de tu hermano Siblot? ¡Ah! pero ¿no sabes que según las leyes de caballería, no puedo aceptar un segundo duelo hasta concluir con el primero?

— Ya lo sé, contestó Chicot bajando la voz; pero lo que yo quiero, es que contestes á esta misiva, sí ó no, sin rodeos ni excusas.

Y al decir esto, el bufon entregó á Crichton un billete perfumado y sujeto con un cordón de seda.

— ¡La cifra de Margarita de Valois! exclamó Crichton mirando el billete; entonces, amigo, te contesto que no.

— Os aconsejo que lo penseis bien, repuso Chicot; pero ante todo leed el billete, y dadme alguna prenda para mi real señora.

Crichton rompió el sello, y á medida que su vista recorría los renglones de la carta, un ligero rubor coloreó sus mejillas.

— Antes morir que aceptar semejantes condiciones, murmuró rasgando el papel y arrojando al aire los fragmentos.

— Deteneos, compadre, exclamó Chicot, y no tireis ese cordón de oro que debo llevar á S. M. en prueba de vuestro consentimiento.

— ¡Jamás! replicó Crichton con firmeza. Decid á la reina que rompo sus cadenas; y en prueba de ello, y de que no temo sus amenazas, entregadle este anillo.

Así diciendo, quitóse el caballero su guantelete y dió al bufon el anillo, cuya piedra le libró en otra ocasión de ser envenenado.

— Al menos, repuso Chicot, cuidad de...

Pero antes que pudiese concluir la frase, Crichton picó espuelas á su caballo, que desapareció entre la multitud.

— ¡Por todos los diablos! gritó Chicot encogiéndose de hombros y recogiendo el cordón de seda. Yo seré para tí mejor amigo que tú lo eres mío. Este anillo estará bien en mi mano, y con el cordón contentaré á Margarita.

Y diciendo así, el bufon desapareció por la gran puerta del Louvre.

## XXII.

## EL TORNEO.

Acompañado por el vizconde de Joyeuse, Crichton entró en el círculo preparado para el combate. Las barreras se elevaban á una regular altura, y el campo, que media sesenta piés de longitud, ofrecía un espacio suficiente para la caballerescas luchas.

La fachada del palacio estaba decorada con el mayor lujo y magnificencia, y de trecho en trecho veíanse elegantes pabellones del más rico brocado con adornos de cintas, banderolas de seda y brillantes escudos.

En el extremo izquierdo de la liza se había construido una gran galería cubierta destinada para las tres reinas y sus damas de honor; y en el derecho elevábase el estrado para Montjoie, el rey de armas, y los demás jueces del campo.

Un poco más allá, bajo un pabellón resplandeciente de oro y adornos, veíase una hilera de taburetes reservados para los favoritos de Enrique III; y en el centro un gran sillón de terciopelo carmesí para el monarca. Además de esto, habíanse construido otros dos pabellones para los pages, escuderos y demás servidores de ambos combatientes.

Sobre un tablado, á la izquierda de la galería de las

damas, hallábase Rugieri inmóvil y con los ojos bajos, rodeado de alabarderos.

Indicando á la gente de su escolta la posición que debían ocupar, Joyeuse atravesó á caballo la entrada de la liza para ir á reunirse con los jueces del campo.

Crichton le siguió lentamente, y deteniendo de pronto su caballo, dirigió la vista en rededor para contemplar el hermoso cuadro que se desarrollaba ante su vista.

El día era magnífico; los rayos del sol se reflejaban sobre los cascos y corseletes, como sobre otros tantos espejos, y por todas partes se veían los terrados y balcones llenos de hermosas y elegantes damas cuyos encantos hicieron palpar el corazón de nuestro héroe.

A la derecha de la galería real desplegábase los caballeros del baron de Epernon con su jefe á la cabeza, ostentando sus brillantes armaduras; y á la izquierda se veía la suntuosa comitiva del duque de Nevers.

De repente elevóse un clamor entre la multitud, y la mirada de Crichton se detuvo en la gran galería donde acababa de entrar la reina Luisa con sus damas de honor, entre las cuales distinguió el caballero á la hermosa Esclarimonda.

La princesa de Condé, así la llamaremos en adelante, estaba muy pálida; pero esto, lejos de disminuir sus encantos, la hizo parecer aun más hermosa á los ojos de su amante.

Su lindo rostro no era ya el de la joven huérfana, sin nombre y sin familia, en el brillo de sus ojos, en su aire grave y digno á la vez, conocióse que no ignoraba el secreto de su nacimiento.

Después de los saludos de costumbre, Esclarimonda, á una indicación de la reina Luisa, fué á ocupar el trono que la había sido preparado como árbitra soberana del torneo, y de este modo hallóse colocada en el sitio donde más podría llamar la atención de los espectadores.

Su magnífico traje era blanco con flores de oro, y al verla, un murmullo de admiración circuló por entre la multitud.

En el momento en que la mirada de la princesa cayó sobre Crichton, este la hizo un respetuoso saludo que fué inmediatamente correspondido; y ya iba á salir de la arena de la liza, cuando le llamaron la atención ruidosas aclamaciones, y oyó gritar: ¡Noel! ¡Noel! ¡Viva el rey! ¡Viva el rey!

Seguióse después un toque general de clarines y atabales, y Enrique III, magníficamente armado de punta en blanco, entró en la arena.

Acompañábase el marqués de Villequier, Saint-Luc, y una multitud de cortesanos cuyos trajes deslumbradores causaban admiración.

Saludando cortésmente á Crichton, y mandándole que estuviere pronto á la señal del combate que se daría cuanto antes, Enrique se dirigió hácia la gran galería, y solicitó de Esclarimonda una prenda para romper una lanza en su honor.

La princesa no podía rehusar esto, y en su consecuencia, desprendió una sarta de perlas de sus hermosos cabellos, y la envió por medio de un page al monarca, que dió las gracias á Esclarimonda elogiando sus encantos.

Entre tanto Crichton se dirigió hácia el pabellón dispuesto por sus servidores, donde después de apearse, se vió rodeado por Joyeuse, Montjoie y Pedro de Gondi, que era quien recibía los juramentos ordinarios antes del combate.

Besando el crucifijo y el *Te igitur*, Crichton se puso después en manos de su armero, que le preparó para la lucha adaptando sobre su coraza una placa de acero bruñido, y entregándole una fuerte lanza.

Enrique, que se había sentado ya, dió con su bastón la señal á Montjoie, y el rey de armas, acompañado de dos heraldos con clarines, se dirigió hácia el centro de la arena.

Después de imponer silencio, proclamó en alta voz los nombres y títulos del acusador y del defensor, así como también la causa del duelo, y prohibió, bajo la pena de muerte, llamar la atención de los combatientes por medio de palabras ó gestos.

Terminada esta ceremonia, oyóse un toque de clarines y atabales, y todas las miradas se dirigieron entonces á Rugieri, que aunque pálido, conservaba una actitud resuelta, y miraba de vez en cuando hácia la galería de Catalina de Médicis.

Restablecido de nuevo el silencio, Montjoie gritó en voz alta:

— ¡Cumplid vuestro deber, caballeros!

Al tercer llamamiento, abriéronse las cortinas de los pabellones respectivos, y ambos caballeros salieron, tomando después posición á la derecha de las barreras.

Esclarimonda tembló por un momento al ver á Crichton; pero con el corazón palpitante de esperanza, oyó el primer toque del clarín anunciando el combate.

Un profundo silencio reinaba en aquel momento entre los espectadores, y hasta las reales personas se levantaron de sus asientos, inclinándose un poco para ver mejor.

Al fin resonaron los clarines por la tercera vez, y entonces Montjoie, arrojando un guantelete á tierra, gritó con voz de trueno:

— ¡Cúmplase la justicia de Dios!

Pronto como el rayo que parte de la nube, Crichton se lanzó á la arena, y cuando estuvo á una docena de pasos de su adversario, le dirigió su golpe hácia la parte superior del casco.

Las dos lanzas se rompieron en el choque: Gonzaga había dirigido la suya lo mismo, pero su arma se deslizó sobre el colete de acero de su enemigo, en tanto

que la de Crichton, dando en la cimera del casco del príncipe, arrebató el penacho que le adornaba, haciendo volar las plumas por la arena.

Ni uno ni otro, sin embargo, se habían movido de la silla, y ambos caballeros, deteniendo su corcel con gracia, y arrojando el tronco de la lanza rota, abrieron sus guanteletes para mostrar que no habían recibido herida alguna.

Tomando después otras lanzas de manos de sus servidores, los combatientes se lanzaron á un nuevo encuentro.

La emoción de los espectadores había llegado á su colmo.

(Se continuará.)

### Estocolmo.

No indiferentemente damos en este número una vista de Estocolmo. En una ocasión en que la Europa espía los movimientos de la Rusia acerca de la cuestión de Oriente, todo el mundo trata de ilustrarse sobre las resistencias que la expansión del panslavismo puede encontrar tanto en el Norte como en el Mediodía.

La capital de la Suecia (su etimología lo indica) es una ciudad compuesta de habitaciones de madera y de islas: *stock*, pedazo de madera, y *holm*, isla. Y precisamente á causa de este carácter enteramente original, la ciudad de Estocolmo ha merecido el nombre de Venecia del Norte. En nuestra lámina aparece con toda exactitud este carácter pintoresco de la primera ciudad de la Suecia.

Estocolmo tiene una población reducida, pues apenas cuenta cien mil habitantes; pero no por esto deja de poseer los elementos de una gran ciudad, y la inteligencia, las artes, las ciencias y la instrucción, hallan allí todos los recursos de una capital de primer orden. Y efectivamente, en Estocolmo hay una academia de ciencias, un observatorio, un gabinete de historia natural, una hermosa biblioteca, una academia de bellas letras, un gran teatro y un crecido número de otras sociedades y de instituciones importantes muy estimadas en Europa.

Esta ciudad, fundada por Gustavo III, puede venir á ser enfrente de la Rusia el baluarte de una oposición enérgica y tenaz.

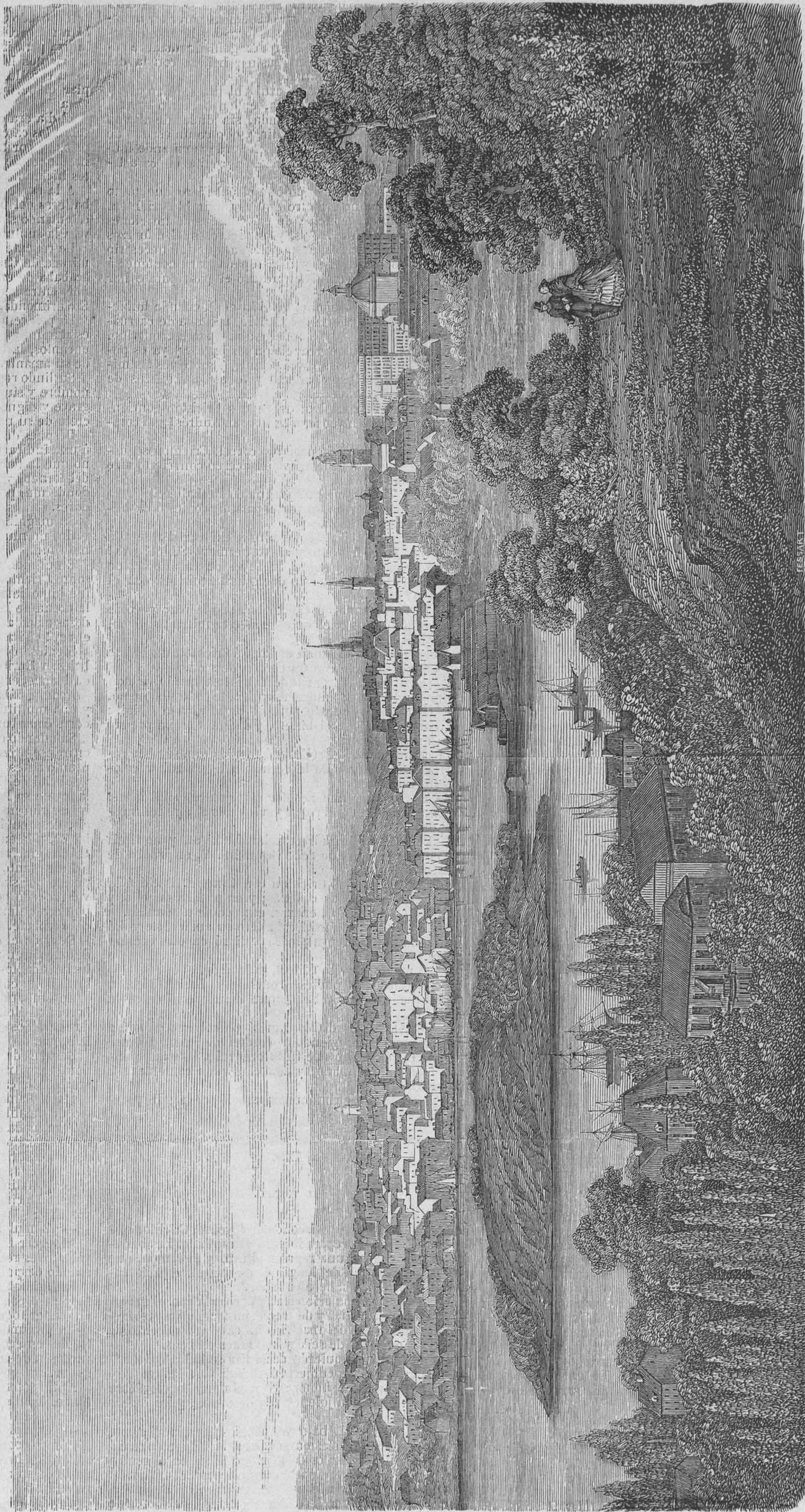
Bajo este concepto se esperaba con impaciencia el discurso de apertura pronunciado por el rey, con motivo de la reunión de las cámaras de Suecia. La apertura del Parlamento tuvo lugar el 22 de enero último, y el discurso del rey da al gobierno de Suecia una actitud llena de dignidad firme y decidida. El rey Oscar ha declarado que en presencia de la reorganización del sistema militar en Europa, bajo el doble punto de vista del contingente y del armamento, la Suecia no podía dispensarse de ponerse al mismo nivel, en su proporción correspondiente, que los demás pueblos de Europa.

Y con efecto, por noticias posteriores sabemos que en la Cámara de diputados de Suecia acaba de presentarse un proyecto de reorganización del ejército, que establece la obligación general del servicio para todos los súbditos del reino.

El ejército se dividirá en tres categorías, á saber: la primera, compuesta de los mozos de 22 á 25 años, se elevará á 125,000 hombres; la segunda, compuesta de los mozos de 26 á 30 años, será de 120,000 hombres; y en fin, la reserva, de la que formarán parte los hombres de 30 á 50 años, podrá elevarse á la cifra de 300,000 hombres. Total: 545,000 soldados.

Vemos pues que si la Suecia es una centinela avanzada del Occidente contra el Norte, la centinela no se duerme, sino que antes bien vigila y toma sus medidas en previsión de los acontecimientos.

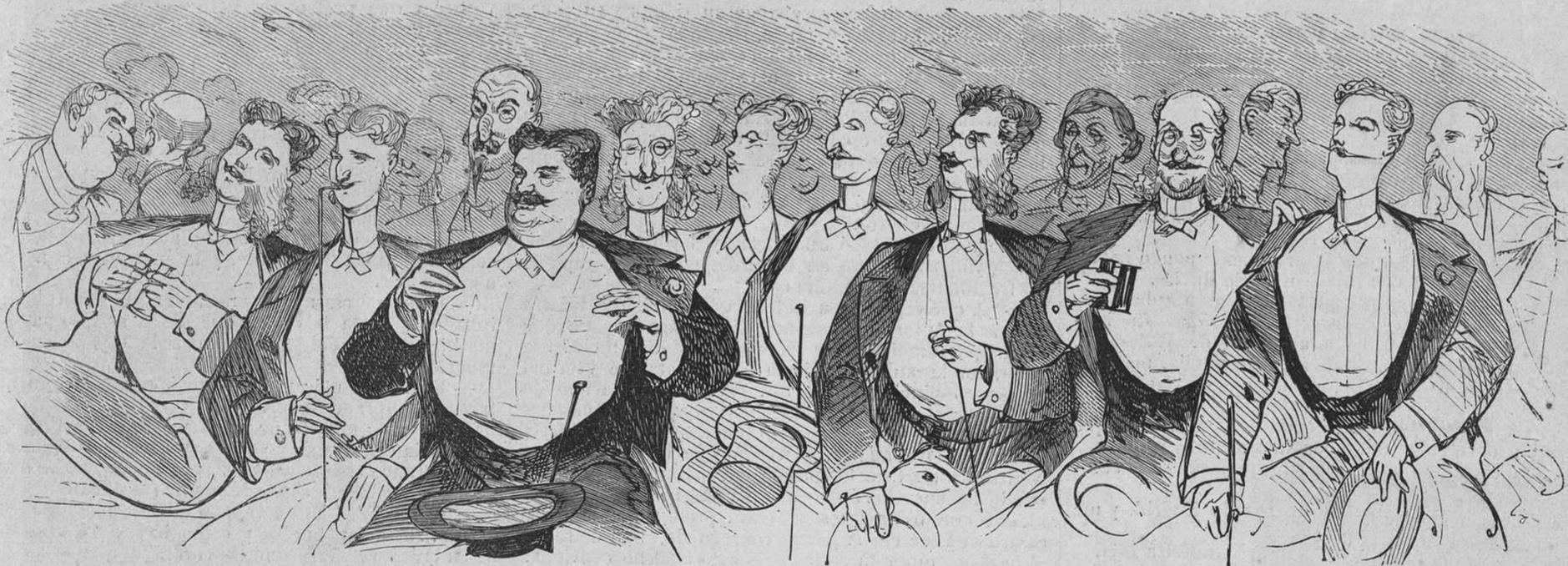
H. V.



Vista de Estocolmo.

UN DEBUTO EN LOS BUFOS PARISIENSES.

ESCENAS DE COSTUMBRES, POR BERTALL.



LO MAS NOTABLE DE LA ELEGANCIA PARISIENSE.

— Leemos en la *Comedia parisiense* :

« La otra noche la célebre Cora Pearl tuvo el antojo de demostrar á su pueblo su grande inteligencia en la comedia, é hizo su debut en la opereta *Orfeo en los Infernos*. Este nuevo papel de Amor, que hacia por primera vez, llevó al teatro á lo mas esco-

gido de la fashion parisiense. No habia mas que príncipes, duques, marqueses y condes, vestidos á la última moda con casaca negra, chaleco abierto hasta la cintura, corbata blanca. Una conmocion muy natural tenia en suspenso á tan brillante concurrencia. Parecia que se iba á revelar allí mas que un talento, un genio extraordinario, de esos que hacen época. »



ESCENAS CAPITALES.

*El amor antiguo, el amor báquico.*

No es posible decir con mas brio : ¡ *Júpiter tonante!* etc.

Lo que mas me llama en ella la atencion, son los 30,000 pesos que valen los brillantes de sus botas.

... ¡ Es una maravilla! ...



*Las amigas.*

Sus piernas no valen gran cosa; pero su corazon es un tesoro. Cada noche se le cae un brillante y nunca le recoge: le deja de propina á los tramoyistas.



*La marquesa.*

Digan lo que quieran sus partidarios, querido doctor, no sé cómo se atreve á presentarse en público estando tan flaca. Si yo me pareciera á ella, nunca me atreveria á vestirme de *brisa nocturna* para ir á las máscaras.



*La vizcondesa.*

Cuanto mas miro, menos veo.



*La opinion publica.*

El empresario conoce la aguja de marear. Vendrá gente á ver á Cora; pero la falta mucho para ser la mas hermosa de la compañía.

## La Marquesa de Pinares.

NOVELA ORIGINAL

DE LA SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Continuacion.)

— Me alegro, repuso Pereival, porque no es muy grato hacer padecer á ese ángel.

— Podeis retiraros á descansar, pues supongo habeis traído un viaje fatal con este tiempo de lluvias.

— Esta noche la hemos pasado en la quinta del Jarama, donde llegamos ayer tarde; la anterior sí fué bastante cruel; la precision de alejarnos de Valle-Real, porque el mancebo perdiera nuestra huella, nos hizo salir á los doce de la noche, desafiando el viento y el aguaero.

— ¿Y quedará bien recomendada el aya para que Edelmira no se comunique con su amante?

— Con extremo; creo que su vigilancia será cumplida.

— Aunque esta quinta está cerca de Madrid, y me será fácil visitarla todos los dias.

— Yo tambien lo he prometido así á nuestra hija.

Pereival se levantó para retirarse á su cuarto, y Flora, con la mayor indiferencia, se puso á concluir la carta que tenia empezada.

Cuando levantó la cabeza estaba sola.

Llamó á su doncella encargándola que no recibia absolutamente á nadie, y no se la molestase bajo ningun pretexto.

Luego, cerrando la puerta por sí misma, hizo girar uno de los cuadros del gabinete, introduciéndose por el hueco que aquel dejó en la pared. Siguió á lo largo de la galeria encontrándose á poco en uno de los salones del palacio del Florini.

La Corneja estaba preparando su desayuno, y al verla aparecer bruscamente se puso de pié, soltando la taza sobre un velador.

— ¿Te he sorprendido? dijo Flora apoderándose de un sillón y avivando el fuego de la chimenea.

— En verdad, no esperaba á la señora en este momento.

— Hallábame inquieta, desazonada, por haber fracasado nuestro plan de anoche, y vengo á proponerte otro.

— Tambien yo meditaba sobre ello.

— ¡Oh! es preciso que esa chiquela usurpadora de mi título muera á todo trance ó vaya á sepultarse en un convento.

— Quizá esto último no nos sea difícil; ya sabemos el paradero de Flor del Espino. El marquesito ama con delirio á esta chica, y acaso intrigando un poco...

— Eso ya lo tengo pensado, interrumpió Flora, y á propósito, he concebido una idea magnífica. ¿No vas á verla hoy?

— Sí, señora; anoche tan luego como las reconocí en el teatro me fuí al escenario, y no me permitieron pasar, pretextando que tienen dada orden de no recibir á nadie durante los entreactos.

— Bien, las visitas en su casa, procurando atraerlas con amabilidad á nuestro partido, y si consigues por medio de la astucia apoderarte de Flor del Espino, la encerramos en este palacio, haciendo que Rafael la vea, y reanuden otra vez sus relaciones, impidiendo de este modo su casamiento con Honorata.

— ¿Pero no está desterrado en el castillo de Pinares?

— Sí, mas no tardará en venir; hoy le escribo, teniendo la seguridad de que tan luego como vea mi carta so pone en camino, sin ser bastantes á detenerle ningun género de obstáculos.

— Estando aquí los dos, corre de mi cuenta desbaratar ese proyecto de matrimonio.

— Si lo consigues, ya sabes la recompensa.

— ¡Oh! descuidad.

— ¿Y has visto á Ataulfo?

— Una vez nada mas, desde que le facilitamos los medios para escapar de la cárcel.

— ¿Y está en serviros?

— Con el alma y la vida.

— Corriente; él se encargará del conde de Cinkar y tú de Honorata. Adios.

— El cielo os guarde, señora, dijo la Corneja despidiendo atentamente á la baronesa.

Poco despues se acostaba con aparente tranquilidad; empero el sueño huía de su agitada mente.

Meditando constantemente en sus proyectos de venganza y de ambicion, no daba á su espíritu ni un momento de reposo.

Sus ilusiones y sus sueños eran la intriga y la maldad; ¡infeliz! ¡no conocia cuánto vale una conciencia tranquila!...

## XIII.

DOS NOTICIAS.

Serian las dos de la tarde; Flora acababa de abandonar el lecho, y medio envuelta en un peñador de batista guarnecido de encajes, pasó á su gabinete.

Cuando aquella mujer se presentaba sin disfraz, apreciaba en su fisonomía una expresion fatídica, horrible; diríase que el espíritu del mal se albergaba en su perverso corazón.

Dos pasiones infames subyugaron siempre su alma, las que sintió desde su niñez, llegando por ellas, en su juventud á perder todos los buenos sentimientos, y en su vejez á envilecerse hasta el extremo mas degradante.

Estas dos pasiones eran la envidia y la ambicion.

Sentada en un silloncito delante del espejo, puso la mano en un timbre con objeto de llamar á su doncella, y de repente se detuvo asaltada por un nuevo pensamiento.

— ¡Ah! murmuró, este plan no es el mas á propósito; ensayaremos el otro.

Diciendo esto, sacó una carta, y leyéndola para sí, concluyó por rasgarla en menudos pedazos, arrojando los fragmentos á la chimenea.

— ¿A qué emplear la violencia haciéndole revelarse contra la autoridad paternal, si puedo conseguir que venga por medio de la persuasion y la astucia? Esa carta, donde tan bien imitada está la letra de Flor del Espino, produciria en él una revolucion, haciéndole olvidar todos sus buenos instintos; porque ella, despues de recordarle su amor y sus juramentos, le manifiesta su idea de entrar en un convento y le llama para despedirse de él. Esto le haria venir pasando por todo y desobediendo las órdenes de su padre: pero como mi idea es que los amantes se vean, proteger su amor, y casarlos en secreto si puedo conseguirlo, han de saber al hablarse que esta carta es falsa, lo cual no conviene. Por consecuencia, iré á casa del marqués de Pinares, le diré que apesure el enlace proyectado y que haga venir á Rafael, pues ya ha sufrido su destierro con demasiada paciencia, y cuando esté aquí, veremos el medio de desbaratar su boda con Honorata, casándole con Flor del Espino. Mi imbécil sobrina que es tan sentimental, tan romántica, no puede soportar un golpe semejante, y su resultado será necesariamente una tumba ó un convento.

Flora apoyó una mano en la megilla y quedó un rato pensativa, meditando sobre su plan, del cual debió quedar satisfecha, porque agitando el timbre con resolucion, dijo á su camarera que se presentó inmediatamente:

— El coche para las tres, y ven á vestirme en seguida.

A los pocos instantes volvió la doncella, diciendo á la baronesa:

— Hace mas de media hora que ha venido una señora anciana pretendiendo con empeño hablar á Vuestra Excelencia.

— ¿No ha dicho su nombre?

— No le pareció sin duda conveniente, porque despues de insistir muchísimo porque os pasaran recado, viendo que era inútil su empeño, escribió en un papel estas frases, mandando se os entregasen en seguida.

— Trae, dijo Flora apoderándose del papel, el que solo contenia en un carácter de letra muy desigual esta palabra: « Urgente » y debajo una C, que la princesa tradujo inmediatamente por el nombre de Corneja.

— ¿Qué ocurrirá de nuevo? murmuró para sí arrugando el papel y arrojándolo al fuego.

Luego, y sin dar muestras de impaciencia aunque la sentia vivísima, mandó á su doncella la vistiese pronto. Apenas concluyó su tocado, la despidió con un signo, y cerrando la puerta de su gabinete por la parte de adentro, hizo girar el cuadro, pasando con celeridad al departamento del solitario palacio en que la Corneja tenia su vivienda.

— ¿Qué hay? dijo cuando estuvo al alcance de su voz.

— Dos noticias importantes.

— Veamos.

Flora se sentó en una butaca, y señalando una silla próxima á la vieja, se preparó á escuchar.

— Segun quedamos convenidas esta mañana, he ido á informarme dónde vivian Rosa y Flor del Espino, y de mis averiguaciones he sabido con sorpresa que anoche en el teatro reconocieron á su madre, y al propio tiempo á su maestro el conde de Cinkar.

— ¿Y quién ha podido decirles que Leticia es su madre?

— Lo ignoro; solo sé que habiéndose reconocido, se las ha llevado á su casa la marquesa del Rio, retirándolas del teatro donde no volverán á trabajar.

— Me alegro infinito.

— Os alegráis, y yo lo siento.

— ¿Por qué?

— Muy sencillo; desde hoy procurarán buscarme por todas partes, tanto para castigarme porque las robé, como para hacerme declarar quién fueron los asesinos de don Enrique Simon.

Flora se estremeció al considerar la culpabilidad de su esposo, y se apresuró á responder:

— Mientras estés bajo mi proteccion nada temas.

— Pero debo excusarme de asistir en público á los sitios que ellas frecuentan: pues me conocerán á pesar de mi disfraz y todo estaba perdido.

— Bueno será que adoptes por si acaso algunas precauciones, mas no tengo cuidado por tu seguridad.

— Esta circunstancia ¿hará cambiar el plan que me manifestásteis esta mañana?

— Ya habia sufrido una variacion, y con esto que nos viene á las mil maravillas, lo arreglaremos de otro modo.

— ¡Cómo!

— La marquesa del Rio es amiga mia, la trato con mucha franqueza, y no me será difícil, prodigando á esas niñas algunos elogios, apoderarme de su confianza y con ella del secreto amor de Flor del Espino. Me convertiré en su protectora, haciendo que vea á Rafael continuamente.

— Tambien la otra noticia que voy á comunicaros os será útil para que el regreso del marquesito se verifique pronto.

— ¿Y qué noticia es?

— La anciana y achacosa marquesa de Pinares está moribunda.

— ¿Qué dices? ¿Acaso la bebida que anoche dejé á Juana ha surtido efecto?

— Creo que sí; he visto á esta muchacha y me ha dicho que ya estaba operando; pero como sabeis, ese veneno no mata de repente, y la marquesa aun vivirá algunos dias.

— Detesto á esa mujer; anoche devoré con calma sus insultos, y hasta la orden que dió á su hijo para que me hiciera salir del gabinete, con la esperanza de su muerte.

— Es muy astuta; y si no tomáis esta determinacion, tarde ó temprano os descubre.

— Lo creo; me arrancará la máscara ó indispondrá á su familia contra mí; y yo lo que necesito es conservar á todo trance esas relaciones. Pero dime, ¿no se sospechará la verdadera causa de la muerte de la marquesa?

— ¡Imposible! Es un veneno que va matando lentamente, sin dejar huella, y como hay la circunstancia de su crónica enfermedad, se creará que es el término natural de tan largo padecer.

— De todos modos, bueno será que Juana desaparezca de la casa, no la cojan como á Atocha y la obliguen á declarar.

— Eso ya lo tengo previsto, y se ha fingido mala, con objeto de tener un pretexto para marcharse.

— Corriente; entonces voy ahora mismo allá, á ver si consigo que Rafael venga atraído por el piadoso deseo de abrazar á su abuela en los últimos momentos de su vida.

Flora se levantó.

— Esta tarde vendrá Ataulfo, dijo la Corneja; ¿teneis alguna nueva orden que comunicarle?

— ¡Ah! sí; á propósito, que se entere minuciosamente de ese chico novio de Rosa, que ha robado á la Colasa escapando con sus riquezas.

— ¿Teneis interés en saberlo?

— Tengo interés en apoderarme de él, para entregarle á los tribunales.

— ¿Qué ha hecho, señora? ¿Si es casi un niño?

— En la maldad de su corazón es un hombre, y bien acostumbrado á la seducción y la intriga.

— Sereis servida; ¿y qué otra cosa?

En la insistencia con que la Corneja hablaba siguiendo á Flora hasta los corredores, conoció que queria dinero, y volviéndose hácia ella la entregó un bolsillo lleno de oro.

— ¡Para los dos! dijo, y desapareció rápidamente.

— ¡Gracias que haya bastante para mí! murmuró la taimada vieja escondiendo el bolsillo en un cofrecito que ocultaba entre los colchones de la cama.

Luego, dando á sus repugnantes facciones una expresion satánica, se puso á contar con mano trémula su tesoro.

Aquel pequeño baulito estaba lleno de oro y billetes de banco.

— ¡Oh! cómo crecen... mis ahorrillos... ¡Si no fuera por esto, ahora que me quedo sin el auxilio de las chicas, qué seria de mí!...

## XIV.

SIGUE LA INTRIGA.

En el antiguo palacio de la Carrera de San Gerónimo, reinaba un movimiento inusitado. El mayordomo daba continuamente multitud de órdenes que le eran transmitidas desde el cuarto del marqués, apresurándose á ejecutarlas con prontitud y fidelidad todos los criados de la casa.

Penetremos, lectores míos, en su recinto, á informarnos de la repentina causa que hubo de promover aquella agitacion.

Casi toda la familia se hallaba hácia los aposentos ocupados por doña Juana; en el gabinete que precede á su dormitorio, estaba la joven marquesa sentada en un divan y escribiendo sobre un veladorcito un lacónico billete.

Veíase á Flora junto á ella; y en su satánica sonrisa se advertia la embriaguez del triunfo.

Rogelio, con el médico y algunas personas de confianza, cercaban el lecho de la enferma.

— ¡Oh! ¡amiga mia! ¿Con que sois de mi parecer? ¿Aprobais mi pensamiento? dijo la dulce esposa de Rogelio á la baronesa.

— Sí, desde luego; es la medida mas acertada que habeis podido tomar. La vida de doña Juana está en peligro, y es muy conveniente que Rafael reciba su bendicion.

— Pero será preciso alargar su boda, y esto es una contrariedad.

— Nada de eso; yo, por el contrario, los uniré antes, y que recibiesen ambos la bendicion de su abuela. Y si no, á que Honorata es de mi opinion, ¿no es verdad,

querida mia? preguntó la baronesa dirigiéndose á la jóven que entraba en aquel momento.

— Si no me decís, mi amada tia, de lo que se trata, no puedo responder.

— De tu boda.

— ¡Ah! exclamó la niña, pintándose en sus ojos un placer purísimo.

— Decía tu madrina que sería mejor aplazarla, en vista del alarmante estado de la marquesa, y yo la he convencido de lo contrario, por lo cual acaba de escribir á Rafael, levantando el destierro que el pobre viene sufriendo.

— ¿De verás? ¡Oh! ¿Y vendrá pronto?

— A jornadas dobles; pero mira, como esta comision sera muy grata, encárgate tú misma de hacerla cumplir.

— ¡Oh! si, dadme, murmuró Honorata, apoderándose de la carta.

— Aunque por modestia no da un franco asenso á nuestro pensamiento, ved, marquesa, como en sus ojos se lee la mas tácita aprobacion.

A esta palabra de Flora, el rostro de Honorata se coloró de un subido carmin; su madrina, sonriendo, dijo:

— Bien; si mi Rogelio opina como yo, os desposaremos en seguida, sin pompa ni aparato alguno, y con el único objeto de que mamá os bendiga antes de que el Señor se sirva llamarla á su seno.

— Mi suerte está en vuestras manos, haced lo que gustéis.

— Descuida, que todo saldrá á medida de tu deseo.

— Puedes ir tranquila á transmitir esa orden, y fia en nuestro cariño, ya sabes nos desvelamos por tu felicidad, dijo con hipocresia la baronesa, mientras que al desaparecer la jóven con la esperanza en el alma, la dirigía cual un relámpago una mirada de odio.

El doctor salió de la alcoba con Rogelio.

— ¿Cómo sigue? preguntó la marquesa.

— No está del todo mal; sin embargo, no confio en que se alieve porque su enfermedad es grave; se ha repetido el accidente que la tiene postrada tantos años hace, lo cual es muy peligroso.

— ¿Y qué debemos hacer?

— Aunque no hay un peligro inminente, lo mejor será tenerla preparada con todos los auxilios espirituales, por si se agrava; que de continuar así, no debemos temer por ahora una desgracia.

En tanto que en el gabinete sostenian esta conversacion, Honorata, atravesando con rapidez una larga serie de habitaciones, entró, como mas próximo, en el despacho de Rogelio, y escribiendo muy de prisa un billetito para Rafael, en el cual le comunicaba las agradables nuevas que acababa de recibir, le incluyó en la carta de la marquesa. Despues mandó llamar al mayordomo, encargándole con particular recomendacion, que fuesen inmediatamente cumplidas las órdenes de la señora.

Media hora despues, salia del palacio una silla de postas con direccion al palacio de Pinares. Honorata la veía partir con vivas muestras de alegría.

Desde el despacho de Rogelio habíase trasladado la hermosa jóven á una galería alta desde la cual se distinguía todo el jardin y mas allá, en lontananza, los árboles del Prado y del Buen Retiro.

— ¡Ah! corre, corre, murmuró al ver que el carruaje iba desapareciendo. Marcha veloz en busca de mi amado, y tráele á mis piés tan rendido y amante como siempre.

De pronto recordó á Flor del Espino, y estremeciéndose, llevó una mano al corazon y volvió á decir:

— Pero ¿quién sabe si con la ausencia habrá crecido el amor que profesa á la hermosa cantora? ¡Ah! si, no puedo menos de confesar que es muy bella, muy seductora; ¡solo con su mágico canto es capaz de fascinar un corazon de piedra!... Y yo que le amo desde la cuna, ¡infeliz de mí! que no resistiré la pérdida de su amor, ¡deseo su regreso!... ¡Dios mio! ¡cuán cruel es mi inquietud! Abrijo la esperanza de ser su esposa antes de tres dias, y con todo una congoja mortal oprime mi pecho, un amargo presentimiento destroza mi corazon, y me impide aguardar tranquila y confiada el dia de la ventura.

Honorata, inclinándose en la balastrada de la galería, se cubrió la cara con las manos y quedó embebida en honda meditacion.

Poco despues sintió abrirse una puerta, apareciendo en el dintel una señora anciana, que pedía permiso para entrar.

La jóven se volvió rápidamente, aguardando con gallarda actitud á que se acercase la recién llegada.

— Dispensad, señorita, si os molesto otra vez, dijo la anciana sin dejar de hacer ridículas y torpes cortesías.

— ¿En qué puedo complaceros? preguntó Honorata saludándola con elegancia.

— Ya sabeis la mision que desempeño; encargada de la asistencia de los pobres en este distrito, vengo por segunda vez á demandar en su favor vuestra caridad, conozco cuán benéficos y caritativos son vuestros sentimientos, por lo cual sin vacilar un instante me he dirigido á vos.

— ¡Mil gracias! Tengo un vivo placer en socorrer á los necesitados. Venid y mi mayordomo os entregará alguna cantidad.

— Una de las pobres enfermas que han de participar de vuestro generoso auxilio, os conoce, y me ha repetido muchas veces que no quisiera morir sin haber obtenido vuestro perdon.

— ¡Mi perdon! ¿Me ha ofendido?

— Dice que ha sido la causa, aunque inocente, de

los disgustos y aun enfermedades que habeis sufrido no hace mucho.

— Quizá sea Atocha.

— Ese es su nombre, yo no la conocia; hace poco me avisaron de que una pobre jóven se hallaba moribunda; fui allá, hice acudir al médico, el cual dió pocas esperanzas de salvar á la enferma.

— ¡Infeliz! murmuró Honorata compadecida.

Luego, dejándose llevar de un impulso de su buen corazon, hizo entregar á la señora anciana una gruesa suma, para que atendiese en particular á la esmerada asistencia de Atocha.

— Y si esta pobre jóven muere, ¿podré asegurarla vuestro perdon, que es el objeto de sus ansias? preguntó con intencion la maligna vieja.

— ¡Oh! en un caso extremo, avisadme y le oiré de mi propia boca, así su alma volará mas tranquila á la eternidad.

— ¡Oh! ¡cuán buena sois! Sin recordar que os ha ofendido.

— Toda ofensa la borra un verdadero arrepentimiento.

— Podeis estar segura de que siente con todo su corazon los dolores que os ha causado; fué seducida por su pérfido amante y por esa princesa de Florini, diabólica mujer que tantas lágrimas ha hecho derramar durante su permanencia en esta córte.

— Ya por fin se han descubierto sus intrigas, y estamos á cubierto de su maléfico influjo.

— ¡Gracias á Dios que contamos tan inmenso bien! murmuró con fingida devocion la anciana.

En seguida se despidió de la condesa, haciéndola mil demostraciones de gratitud en nombre de las personas que habian de recibir sus beneficios.

— ¡Qué alegría recibirá la pobre Atocha! murmuró al salir, pero en un tono de voz que no se escapó á Honorata, por lo que esta, repitiendo su afectuoso saludo, volvió á exclamar:

— Adios, señora, no olvideis que deseo recoger el último suspiro de esa desventurada.

— Lo tendré presente, exclamó la vieja cuyos chispeantes ojillos brillaron con un fulgor siniestro, en su boca repugnante y hundida se dibujó vagamente una sonrisa de triunfo.

Al salir del palacio, una elegante señora se apeaba de una magnífica berlina.

Miráronse las dos con intencion, y al aproximarse con objeto de subir una y salir otra, cambiaron en voz rápida y baja estas palabras:

— ¿Caerá en la red la paloma?

— Así lo creo.

Nadie se apercibió de aquel diálogo, ni aun los criados que estaban en la portería notaron el mas pequeño signo de inteligencia entre las dos.

Nuestros lectores habrán reconocido en ellas á Flora y á su digna servidora la Corneja.

El impulso que las llevaba al palacio de Pinares, fácil es adivinarlo; proseguian su plan de venganza, de cruel exterminio en la virtuosa y noble familia de la Pastora del Guadiela.

## XV.

### EPÍSTOLA.

Cárlos desde la posada donde llegó á hospedarse primeramente, habíase trasladado á la fonda de las Peninsulares, que se halla situada en la calle de Alcalá.

Serian las ocho de la mañana, cuando ya estaba nuestro impaciente jóven dando largos paseos por su habitacion.

— ¡Lo que tarda ese pelma de asturiano! murmuró, dejándose caer en un sillón, y encendiendo acaso por distraerse un magnífico habano.

Pasados unos instantes, sintió llamar con suavidad á la puerta del aposento.

— Adelante, gritó, incorporándose y brillando en sus ojos un fugitivo rayo de esperanza.

Un camarero se presentó.

— ¿Gusta el señor se sirva el desayuno? preguntó.

— Tráelo con mil diablos, murmuró de mal humor, arrojando el cigarro y levantándose para volver á sus paseos.

El criado salió sonriendo.

— Al oír llamar me dió un salto el corazon; ¡creí sería Andrés con la anhelada epístola de Edelmira!...

Estas palabras que barbotó en un tono casi imperceptible, nos explican el motivo de su impaciencia.

Mientras el criado que habia vuelto á entrar, colocaba el desayuno sobre una mesa, se asomó al balcón.

— ¡No sé cómo tarda tanto! prosiguió en el mismo tono. El palacio está bien cerca, y con dar la vuelta á la calle del Turco donde tiene la entrada el jardin, estaba concluido.

Un elegante coche de camino cruzó la anchurosa calle en aquel momento; iba con direccion á la puerta de Alcalá y le ocupaban una señora y un caballero.

Cárlos, examinándolos con detencion, exclamó:

— ¡Ellos! ¡La princesa y Pereival!...

Los siguió con la vista hasta que desaparecieron, quedando profundamente pensativo.

La voz del Andrés que aguardaba le sacó de su meditacion.

— ¡Señorito! murmuró, aquí está la carta.

— ¡Hola! ¿Ya estás aquí? ¡Gracias á Dios!... Trac, hombre, trac... Y le arrebató el papel de la mano.

— Dispensad, no estaba en casa la señora Dorotea y tuve que aguardar, dijo el pobre asturiano, excusándose y creyendo perder la propina.

— Bien, bien, dejame, el regreso me hace olvidar la tardanza.

— ¡Pero!... murmuró, dando vueltas en las manos á la mugrienta gorra y sin moverse de su sitio.

— Vete, gritó impacientándose Cárlos.

Luego recordando sin duda, sacó una moneda de plata y la puso en la tosca mano del criado, diciendo:

— ¡Toma! y si otra vez eres mas activo te recompensaré mejor.

Aunque quiso hablar no se lo permitió Cárlos, haciéndole salir del aposento con un signo imperioso.

Con la alegría pintada en su expresivo rostro, fué el mancebo á sentarse á la mesa, habiendo ya leído dos veces el lacónico billete contenido en estos términos:

« Mi querido Cárlos: La fatalidad nos ha separado cuando creimos unirnos para siempre; ¡cómo ha de ser, paciencia! Yo sufro mucho... mucho; ven pronto, te contaré todo, repitiéndote mi resolucion de ser tu esposa, pues ahora mas que nunca necesito un protector que reclame mis derechos, y un esposo que alentando mi corazon, me fortifique en el áspero camino por que estoy atravesando.

» Estoy en la quinta del Jarama, hermosa posesion que pertenece al baron de Pereival, mi padre, y se halla situada á dos leguas de Madrid, próxima á la carretera de Zaragoza. No te será difícil encontrarla.

» Lisa está al cuidado examinando á todos los que cruzan por el camino, y el aya me vigila y me oprime mas que nunca, empero es fácil engañarla, aprovechando las horas de la madrugada, en que duerme profundamente.

» Adios, siempre tuya,

» EDELMIRA. »

Cárlos se frotaba las manos con satisfaccion, en tanto iba devorando con alegría el exquisito caracas.

Quando hubo concluido se levantó.

— A la tarde iré á la quinta, repuso; y ahora voy á ver si la señora Gervasia me da noticias de mis padres.

Entró en un cuartito que le servía para vestir, y salió disfrazado con su enorme peluca gris, sus patillas y el ancho paletot que, encubriendo sus gallardas formas, le hacia aparecer un hombre de edad madura.

Media hora despues estaba en la calle de Segovia.

Serian apenas las nueve de la mañana, y ya sin embargo veíase á la viejecita sentada á la puerta de su casa, cogiendo con extraordinaria celeridad los puntos de una calceta, y dirigiendo ávidas miradas á las casas circunvecinas, enterándose minuciosamente de cuanto ocurría en el barrio.

En seguida se apercibió de la llegada de Cárlos, y dibujándose en sus delgados labios una sonrisa, murmuró:

— ¡Ya está aquí el perillan!...

— ¿Tan temprano y ya trabajando? dijo el jóven acercándose y saludándola con zalamería.

— ¿Y qué quereis? yo soy la misma aplicacion. En tanto que otras no piensan mas que en averiguar vidas ajenas, yo, sin cuidarme de lo que no me importa, solo me ocupo de mis labores...

— ¿Y de mis encargos, no? la interrumpió Cárlos con impetuosidad.

— Por supuesto, eso no lo he descuidado.

— ¿Y tenemos buenas noticias?

— No creo os desagraden; pero me cuestan caras, pues la taimada no quiso decirme una palabra hasta que la entregué todo el oro que me disteis el otro dia.

— Por tan poca cosa no hay que apurarse. Los señores á quienes sirvo son espléndidos en demasia, y no reparan en pequeñeces.

— Yo para mí nada quiero; soy muy desinteresada, y mi mayor satisfaccion será el salir airosa de esta empresa, que con tanta confianza os habeis dignado encomendarme.

— ¡Sois una santa! y os prometo quedareis satisfecha de mis señores.

(Se continuará.)

## Curiosidades del Paris antiguo.

### LA CALLE DEL BUEN POZO.

En los primeros años de la Restauracion, cuando habia tantos extranjeros de toda clase que venian á Paris por curiosidad y por ambicion, se hablaba muchísimo de una familia italiana que ejecutaba conciertos al aire libre y bailes nacionales. La multitud se apiñaba en torno de estos ejecutantes, á causa de la novedad del espectáculo y de la originalidad de los trajes.

Al lado de las rudas y bronceadas fisonomías de los principales actores, descollaba una niña por su figura angelical y por la modestia de su porte. María tenia entonces nueve años, y ella tocaba la gaita y echaba el guante concluida la representacion: nadie la desairaba.

Un dia María se cansó del oficio, y la jóven de la provincia de Coni tomó un marido del departamento de los Bajos Alpes, que se llamaba Tron, como si hubiese sido de Marsella.

Sin embargo, los italianos, cantando y bailando, habían hecho carrera, y el jefe de esta familia organizada había aumentado su personal con cierto número de individuos. La cuadrilla habitaba en comun la misma casa desmantelada de la calle del *Buen Pozo*.

No hace mucho tiempo aun, desembocaba en la calle de San Victor una callejuela que, siguiendo los accidentados caprichos de una rápida cuesta, se elevaba hasta el edificio de la Escuela politécnica; en ella no había mas que casuchas de miserable apariencia, y ningun comercio, ninguna industria animaba este rincón de la gran ciudad, llamado *la calle del Buen Pozo*. ¿Qué tiendas necesitaban aquellos habitantes que con un litro de frijoles pulverizados, se fabricaban bastante cantidad de *macaroni* para alimentar á toda una familia durante una semana? Ahí pues, y en una cueva, se instaló María, la esposa del ciudadano de los Bajos Alpes, con dos hijos: llamábanla entonces la tía Tron.

Las madres italianas trasplantadas á Francia se ocupan poco de los cuidados caseros. Cantan y bailan, y este es el modo que tienen de ejercer los deberes maternos y de enseñar á los pequenuelos la práctica de la

vida. Todas las mañanas la tía Tron iba por las plazas públicas tocando la pandereta y marcando los caprichosos compases de sus dos *bambini*. Muy luego un tercer vástago vino á aumentar la dinastia Tron; luego hubo otro y despues otro; y de esta manera, la animosa mujer, con su pandereta y sus castañuelas, dió á luz en su cueva á doce criaturas.

— ¿Cómo mantener á tanta gente?

— Nada mas fácil. Las piruetas producen mas de lo que se cree. Los alquileres de la cueva se pagaban con toda exactitud, y un dia la tía Tron compró la casa, de la cueva al granero, pagándolo todo con la renta de su pandereta. En el barrio esto causó una sensacion extraordinaria.

Cuando se hizo propietaria, la tía Tron ensanchó la esfera de su industria. A su voz acudieron primos y compatriotas de aquí y acullá, de Saboya, de Cerdeña, de las Calabrias, de los Abruzzos, con sus largas barbas y sus gaitas; y hé aquí que, bajo la entendida direccion de la empresaria, pues ya la tía Tron merecia este título, se fundó en la calle del Buen Pozo una verdadera academia de baile y de música.

Durante largos años la tía Tron administró de este modo, no ya una casa, sino tres casas que la pertenecian, las cuales comprendian 115 camas y 250 artistas, mas bien mas que menos. Y en esta multitud de gentes que se tenían envidia y se detestaban, que estaban animadas de las rivalidades, las hostilidades y los odios de la madre patria, jamás hubo una riña, un escándalo que exigiera la intervencion de la policia. Al menor ruido se presentaba la tía Tron; en todos los grupos gritaban: — ¡La padrona! y al punto se escondian los cuchillos y los adversarios corrian á sus graneros.

Con una sola palabra de la *padrona*, todo entraba en el orden y el silencio.

— ¡Es la hora del trabajo, la *padrona* llama!

Y al instante Pietro, Gennaro, Giovana, Benedettino, personajes con vestidura de teatro, aparecian unos subiendo de las cuevas, otros bajando de los tejados.

— Estos á la plaza de la Bolsa, decia la *padrona*; aquellos á la Bastilla ó á los bulevares.

Y cada cual salia con su séquito, haciendo resonar su música.

— ¿A dónde va Lorenzo con su larga cabellera, con



Domicilio de músicos ambulantes en Paris.

las piernas apretadas en perneras de cuero y con su chaqueta de lana peinada cuidadosamente? ¿A dónde va María con su traje de gala, todo lleno de bordados de color de escarlata?

Ambos se dirigen al estudio de algun pintor aficionado á la naturaleza italiana y que esperaba la inspiracion para hacer un cuadro comparable con el de los *Segadores* de Leopolo Robert ó el de la *Mal'aria* de Herbert. La tía Tron suministraba á precio fijo los productos mas variados de la Italia, á saber: modelos para artistas, bandidos para las piezas del Hipódromo, música, macarrones, etc.

Estos trajes tan ricos y brillantes solo salen á luz en las ocasiones solemnes. Cuando el cielo se encapota y amenaza lluvia, todos los oropeles se guardan con llave. Las mujeres llevan el viejo tartan ceniciento que usan las criadas; los hombres el pantalon encarnado que desecha la infanteria de línea; los chiquillos las levitas destrozadas por los colegiales; el bajo-cantante se planta la capa de treinta y seis cuellos de los antiguos cocheros, y el tenor una chaquetilla de húsar.

— ¡Tendremos lluvia! decian en la vecindad; los italianos guardan sus galas.

Así la previsora padrona atendia á las necesidades todas de la colonia, ensanchando continuamente el círculo de sus empresas comerciales y dramáticas; y esto es lo que llamaba ella en su pintoresco lenguaje «añadir una octava á su piano.»

Pero ¡ay! ¡cuántos cambios se han operado en el barrio de San Victor desde el dia en que recogimos estas palabras! En el momento en que el reino de Italia constituyó su unidad con la anexion de Venecia, la Italia desaparecia del mapa de Paris. La colonia italiana, antes tan floreciente en la calle del Buen Pozo, bajo la direccion de una mujer, atacada por las demoliciones, se ha diseminado y dispersado, viviendo al acaso. Para encontrar una reunion de italianos como la que reproducimos en nuestra lámina, es preciso subir hasta los pisos altos de varias casas de la Cité. Pero en el dia, ¡qué decadencia en las representaciones, en los trajes, en el arte musical! Ya no hay mas conciertos italianos; ¡se acabaron las arpas, las guitarras, las tirolesas! Apenas se ven por las calles algunos pilluelos cubiertos de andrajos, que ejecutan el *Miserere* del *Trovatore* rascando las cuerdas de un violin, á fin de dar á entender que tienen hambre... Y ¡oh burla del destino! estos

desdichados, que no saben quizás dónde dejar su violin por la noche, se hallan todos vestidos con levitas hechas hace años para propietarios expropiados.

¿Cómo ha de ser! La calle del *Buen Pozo* se ha convertido en un magnífico *boulevard*, donde hay cafés llenos de dorados, y casas doradas habitadas por fotógrafos.

— ¿Y la tía Tron?

La última vez que la vimos fué en el mes de julio, cuando todo el mundo, en las clases pudientes, huía al campo. La tía Tron (olvidaba decir que hacia tiempo habia quedado viuda) estaba furiosa contra la lentitud de las formalidades que expropiaban su novena ó décima casa de la calle del *Buen Pozo*, pues á la sazón tenia hechos sus preparativos para emprender un viaje á Italia. Tenia el proyecto de fijarse definitivamente en su pais natal. Quizás ha comprado un palacio en las Calabrias ó en las márgenes del lago de Constanza, acaso en ambas partes, justificando así el axioma popularizado por sus antiguos vecinos de la calle del *Buen Pozo*: «Ló que se gana con la pandereta se va comprando casas.»

J. L. G.